

El eco del silencio

Rafael Tovar y de Teresa
PRESIDENTE DEL CONACULTA

ÓSCAR BONIFAZ

Manuel Velasco Coello
GOBERNADOR DEL ESTADO DE CHIAPAS

Juan Carlos Cal y Mayor Franco
DIRECTOR GENERAL DEL CONECULTA-CHIAPAS

Susana del Pilar Utrilla González
COORDINADORA OPERATIVA TÉCNICA

Marco A. Orozco Zuarth
DIRECTOR DE PUBLICACIONES

CH
863M
B62
E22

Bonifaz, Óscar

El eco del silencio / Óscar Bonifaz. — Tuxtla Gutiérrez, Chiapas,
México : CONACULTA, CONECULTA, 2015.

115 p.; 21 cm. (Colección Biblioteca Chiapas. Serie La verde
espiga ; 50)

ISBN 978-607-8426-41-6

1. NOVELA MEXICANA — CHIAPAS 2. LITERATURA MEXICANA
— CHIAPAS.

El eco del silencio



© ÓSCAR BONIFAZ

D. R. © 2015
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Paseo de la Reforma 175,
Col. Cuauhtémoc, 06500, México, D. F.

Consejo Estatal para las Culturas y las Artes de Chiapas, Boulevard Ángel
Albino Corzo 2151, Fracc. San Roque, 29040, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

publicaciones@conecultachiapas.gob.mx

ISBN: 978-607-8426-41-6

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO

 CONACULTA

 CONECULTA
CHIAPAS

 GOBIERNO DEL
ESTADO DE CHIAPAS

 CHIAPAS NOS UNE

— 2015 —

*Al licenciado Javier Espinosa Mandujano,
quien ha dejado huellas de luz en mi camino.*

*Para Dana, dueña absoluta del centro de mi corazón,
y por supuesto a mi hijo Alex, mi crítico certero y eficaz.*

*Mi cariño total a mis nietos
Juan Carlos, Óscar Alberto y Rodrigo Bonifaz Ordoñez
Olga Paolina, María Fernanda y Ana Ivette Gloria Bonifaz
Felix Alejandro y Raquel Pérez Bonifaz.*



Todas las mañanas don Bernardo León esperaba impaciente el primer toque de las campanas de la Iglesia Grande. A esa hora precisa los pájaros que durmieron en las ramas de un tupido árbol que se levanta por encima de la tapia que da al jardín aleteaban inquietos para comunicarse, entre nerviosos saltitos, la llegada del nuevo día recién estrenado en este horizonte pueblerino. Las sombras de la noche huían perezosas para darle paso a una luz tímida que se asomaba lentamente descubriendo todos los rinconcitos de la casa somnolienta.

En este tiempo exacto, todos los días, a la misma hora y en el mismo minuto, don Bernardo tomaba su antiguo bastón de caoba para tocar con enérgica crudeza las puertas de las recámaras donde sus hijas dormían.

—¡Ya hay caldo en las fondas! —gritaba.

Justo a los quince minutos repetía su hazaña de golpes propinados en el madero de las puertas carcomidas por la polilla.

—¡Poniendo de punta esos huesos! —Y de nuevo se retiraba otros cuantos minutos más para volver a llamar con mayor fuerza ante aquellas puertas empecinadas. Ahora sus gritos eran más espesos y duros.

—¡Ya está haciendo liga la quesadilla!

Las puertas fueron abriéndose y una a una aparecían sus hijas bostezando somnolientas, alisándose la cabellera revuelta o restregándose los ojos en cuarto menguante.

Mientras tanto, doña Lucrecia, la madre de ellas, embutida en su faldón de manta, hacía ya un buen rato que se mantenía eclipsada en su cocina preparando el almuerzo que, con ligeros cambios, siempre era el mismo: frijoles coloraditos, cuesa o chorizo con huevo, salsita de tomate verde y café con su pringuito de leche.

—Al que madruga, Dios le ayuda. —Era nuevamente la voz de don Bernardo, que en un surtido variado de toses ocupaba la cabecera de la mesa rectangular en medio de las masticaciones y bisbiseos de sus tantas hijas.

Como siempre, doña Lucrecia se afanaba pasando las tortillas calientes o retirando los platos hacia su cocina, donde como un vil espanto desaparecía y ahí se quedaba, callada como una piedra. No porque fuera muda, sino que su padre desde antes que se casara le había dicho que “la mejor virtud de la mujer es el silencio”, y ella cumplía esta sentencia al pie de la letra. Su boca era el lugar perfecto de la mudez.

Cada una de las hijas lavaba los trastos usados, los secaban para luego colocarlos en su lugar del estante.

Enseguida cada quien cumplía con su trabajo habitual: barriendo los corredores enladrillados, regando las macetas de geranios ruborizados con su color o planchando la ropa almidonada que se acumulaba en el canastón de mimbre. El quehacer nunca faltaba y cada quién sabía ya su misión y había que cumplirla cabalmente.

Este día no era la excepción, simplemente era la calca de todos los días de atrás.

2

Sí. Lucrecia había nacido en el lejano barrio de Yalchivol, el lugar donde brota el agua y crecen las palmeras. Tenía cuatro hermanos mayores y se dedicaban en tiempo completo a la elaboración de tejas de barro, muy solicitadas por los comitecos, que lucían en sus techos estas tejas siempre visitadas por aguaceros y palomas.

Su madre murió cuando ella nació, pero tuvo una nana que le ofreció el manantial de sus pechos y, cuando ya era una niña mayorcita, se dedicó a la cocina, a hacerle de comer a su padre y a sus hermanos.

Don Bernardo la conoció en la feria de El Rosario, precisamente en las carreras de caballos (miradas que se cruzaron, sonrisas apenas disimuladas, parpadeos y suspiros). Así que después de un breve tiempo de noviazgo, una noche sin aviso previo, don Bernardo se presentó a pedir la mano de su novia.

—Bueno, yo no me opongo, sé que el destino de las mujeres es el matrimonio, pero lo único que veo es que usted le lleva mucho años a mi hija, ella es casi una niña —dijo el padre de Lucrecia, que no acababa de digerir totalmente esta sorpresa inesperada.

—En el amor no hay edades —respondió don Bernardo, pronunciando esta frase como si él la hubiese inventado.

Lucrecia, sonriente y nerviosa, ofreció humeantes vasos de ponche de piña con marquesote, naturalmente con su generoso piquete de comiteco añejo.

Se fijó la fecha de la boda.

Al otro día la muchacha fue llamada por su padre frente a un oratorio de mil santos ahumados y velas moribundas.

—Hija, con todo el dolor de mi corazón te estoy entregando a don Bernardo. Sé que él es una buena persona y que te va a tratar bien. Es una garantía, porque me han contando que es un buen carpintero reconocido por su trabajo y por toda la gente que lo conoce. Solamente voy a darte un consejo que es necesario que lo oigás y que lo pongás en práctica: desde niña nos has entretenido con tus pláticas, con tus risas y alegría, y nos vas a hacer mucha falta. —Una lagrimita apareció de los ojos de aquel hombre, pero era necesario terminar—: Si querés mantener bien tu matrimonio, es totalmente necesario que aprendás a callar, porque hasta la fecha has sido como una chachalaca de Cuaresma. Eso nos gusta a mí y a tus hermanos, pero siempre he sabido que con el silencio nadie puede pelear. Tenés que aprender que el silencio es la mejor virtud de una mujer. Si seguís mi consejo al pie de la letra tu matrimonio va a ser perfecto como yo espero.

Intempestivamente el hombre dio media vuelta.

Un llanto irremediable mojó su cara fruncida; se incendiaron sus ojos con el fuego ardiente de sus lágrimas.

3

Sin duda don Bernardo había sido un buen carpintero. Toda la clase pudiente del pueblo le encargaba sus muebles, que confeccionaba con maderas finas: caoba, cedro o ébano traídos de la selva que trabajaba con esmero y buen gusto.

Pero ya era 1949 y las circunstancias cambiaron cuando los fabricantes de aguardiente sorprendentemente se vieron favorecidos por un monopolio avalado, claro, con la anuencia total del gobierno. Así pues, cuatro o cinco familias de la oscura clase media gozaron de este dorado privilegio. Nuevos ricos aparecieron en Comitán, ante el desconcierto de la otrora clase privilegiada de ganaderos que había reducido sus dominios a la pequeña propiedad de sus antiguas fincas.

El aguardiente llamado comiteco se fabricaba en rústicos alambiques donde se procesaba el aguamiel extraído de los inmensos magueyales que pintaron de verde gris el paisaje comiteco.

Así pues, el ebanista, el artista de las maderas finas, se vio reducido a fabricar solamente los barriles para transportar el licor tan requerido dentro y fuera del estado. Los fabricantes pagaban bien. Fue así como desapareció el artista.

Algunas tardes don Bernardo dejaba su trabajo para reunirse con cuatro o cinco amigos en la tiendita de la esquina donde su dueña, doña Petra, les servía sus copitas de añejo, acompañado de chile en vinagre, palmito, aguacate y tostaditas.

La charla principiaba lenta, desganada, pero al mágico calor del comiteco la plática se desataba frenética, arrebatándose entre ellos la opinión que cada quien atesoraba del último chisme que hacía su efervescencia en el pueblo.

Así se hablaba de la pésima actuación del presidente municipal, a quien se le exigía la renuncia por sucio, haragán y desvergonzado, o se comentaba de la lluvia que no llegaba, a pesar de estar ya bien entrado el mes de junio y los maizales, sin remedio, principiaban a marchitarse con la amenaza de que la cosecha se echara a perder este año.

Y el comentario mordaz:

—Ve vos, san Caralampio, yo ya te he pedido constantemente, a diario, que llueva. Necesito que la milpa de mi ranchito crezca para verlo verdear y luego cosechar el maíz, pero ¿caso me hacés caso? Para otro año busqué otro tu pen-dejo, porque yo ya me cansé.

Las risas hacían su explosión entre un hervidero de rumores que se perdieron junto a la noche que llegaba.

4

Esta tarde no llegó don Bernardo a la acostumbrada y añeja charla con sus amigos, allá en la tiendita de doña Petra, razón inmediata para comentar sobre su nueva profesión de barrilero.

—El Bernardo sí que se está haciendo rico —dijo Teodomiro, de quien nadie sabía su apellido, solamente lo apodaban Cuncumate, quien sabía por qué.

—Pero si no tenía necesidad de sacrificarse y trabajar tanto en algo que tal vez ni le gusta; la ebanistería le daba sus buenos centavos y un gran prestigio —contestó Gil desde la apertura de su boca sin dientes.

—Ni modo; se perdió el artista de la madera por la puta ambición del dinero...

—Ah, pero para sostener a siete hijas y a su mujer, la verdad es que está de la vil chingada —respondió Cuncumate atragantado con la copita de aguardiente añejo que bebió (*tococh, tococh*) de un solo trago, que después acompañó con toses intermitentes que enronquecieron su garganta.

Eliodoro permaneció absorto y mudo, pero solamente por un momento, sin embargo quería que el tema continuara.

—¿Cuántas son las hijas del Bernardo? —dijo en un susurro.

—¡Siete! Ah, no, si el Bernardo es más caliente que las gallinas de Teopisca —dijo Cuncumate arrancando sus ojos sanguinolentos y levantando sus cejas, íntimas vecinas de su cabeza en plenitud de una calvicie casi perfecta.

—Ah, pero lo que no saben es que el Bernardo se avienta cada puntada... ¿Saben ustedes qué nombres les puso a sus siete hijas?

Nadie respondió, pero el silencio fue una invitación para que Cuncumate continuara con la información que ya había despertado interés en los demás.

—Pues se le ocurrió ponerle a sus hijas nombres conforme al alfabeto.

—¿Cómo? —respondieron todos en un bien entonado coro.

—Ahí les va, para que se sorprendan de las burradas que se le ocurren a nuestro querido barrilero.

Y escribió en un papel:

Angélica

Beatriz

Carmen

Dora

Elena

Francisca

Guadalupe

—¿Cómo ven ustedes? —prosiguió— Cero y van siete, pero, con lo caliente que es el Bernardo, bien puede llegar hasta Zoraida.

—No —repuso Gil—, yo creo que ya se secó el arbolito donde dormía el pavo real...

—Ni te creas —interrumpió otra vez Cuncumate—, pues, por si ustedes no lo sabían, hasta tiene una querida embarazada que vive por La Tapadera.

El silencio se hizo espeso y cada quien se atragantó con su comentario, pero en los ojos de todos aparecieron las

chispitas que prende la sorpresa.

—¡Cómo le deben de estar zumbando los oídos a Bernardo! —dijo Eliodoro, que había permanecido inmóvil y con la boca abierta. Por eso no es bueno faltar a nuestras reuniones, porque al que falta lo despedazan entre todos.

Por su parte, Cuncumate estaba feliz con las noticias con que los había sorprendido. Satisfecho, enmudeció con una sonrisita cómplice.

Del cielo se descolgó un relámpago que cegó instantáneamente a la concurrencia, luego el estruendo de un rayo.

Una tormenta principiaba a caer en Comitán.

5

Atardecía. El horizonte con su dentadura verde poco a poco fue devorando al paisaje.

Don Bernardo traía ahora un perfil como esculpido a punta de machetazos.

Llamó a Angélica, su hija mayor, y a su mujer, doña Lucrecia. Las condujo a la sala y cerró la puerta con llave y aldaba. Los espejos de los esquineros rápidamente duplicaron las tres presencias.

Una vez que ellas se hubieron sentado en los sillones de mimbre, el viejo Bernardo carraspeó tres veces seguidas y luego, con una mirada de lezna, se dirigió a su hija en un discurso que prometía ser de corrido.

—Ve, Angélica, poné mucha atención en lo que voy a decirte: vos sos la mayor de todas mis hijas y ya cumpliste tus dieciocho años. —Tos—. Desde que me casé con tu mamá mi mayor ilusión era tener un mi varoncito para que me ayudara en el trabajo, pero ni modo, no se pudo. —Dirigió una mirada acusadora a su mujer y ella, sintiendo la medida de su culpa, inclinó la cabeza lentamente y dejó su mirada remachada en el piso de ladrillos—. Yo, como a ustedes les consta, me sigo doblando el lomo en la barrilería y, a pesar de que gano más que antes, pues la verdad ya no me alcanza para tanta boca que mantener. —Tos—. Vestidos, zapatos, escuela..., y la mera verdad es que me duele muchísimo

que de repente tengan un antojito y yo no puedo dárselos porque mis bolsillos se vacían en cuanto llega el dinero que gano. —Tos—. Por eso es que te quiero avisar, Angélica, que se me está presentando una buena oportunidad que no podemos desperdiciar. Ahora es el momento preciso que vos me podrás ayudar un poco.

—¿En la barrilería, papá?

—No, como podés creer.

—¿Entonces?

Angélica frunció el ceño como preguntando, pero fue preciso esperar la respuesta a su duda.

—Hay una plaza vacante para una maestra y me lo están ofreciendo —dijo, y volvió a toser.

—Pero si yo no tengo ni la primaria terminada, papá.

—No es preciso, con que sepás leer y escribir basta; la mayoría de maestros de casi todas las escuelas de aquí no tienen ningún título...

Angélica continuaba absorta y ninguna palabra llegaba en su auxilio. Doña Lucrecia continuaba con su acostumbrada mudez y con la mirada extraviada en quién sabía qué punto perdido en el piso.

—Dentro de unos cuantos días van a pasar a decirme dónde será tu plaza. ¡Claro que voy a dar una buena morrida! Pero creo que bien vale la pena. —Volvió a toser—. ¿Qué decís?

—La verdad, papá, es que no sé si voy a poder... —Los nervios de Angélica se hicieron presentes en el sudor de sus manos.

Bruscamente don Bernardo se puso de pie, abrió la puerta y se alejó con un prolongado ataque de tos.

6

En el barrio de la Esquina Blanca está la tiendita de doña Petra, con eso se ayuda desde hace cinco años, que enviudó y se quedó ingrima, y sin los hijos que nunca pudo tener.

Vende todo lo que se puede: refrescos de la Brisa Chiapaneca, leña, frutas encurtidas y dulces; en una vitrina están los chimbos, acitrones, obleas, quemaditos, gaznates, africanos, caramelos de miel virgen y trompadas. Sin embargo su fuerte es la venta del comiteco añejo “de cordón cerrado” que vende por cuartitos y por eso es que la frecuentan don Bernardo y sus amigos.

Esta tarde doña Petra estaba peinando su larguísima cabellera entrecana que le llegaba a la cintura y era su orgullo mayor. Con dedos ágiles y certeros hizo dos trenzas que luego remató con listones negros.

Hasta ella llegaron Eliodoro y Gil, quienes desde la puerta se anunciaron:

—¡Buenas tardes, doña Petra!

—Buenas tardes —contestó ella con algo que pretendía ser una sonrisa y que pasó volando por su boca; luego regresó a un gesto duro que se le disecó en la cara. Buscó su rostro fragmentado en un pedazo de espejo roto que tomó de la bolsa de su delantal. Ahí se miró sin ninguna aprobación.

—¿Por qué tan seriecita? —se arriesgó a decir Eliodoro.

—Tengo mis motivos —respondió doña Petra regresando a su cara de palo.

—Ya nos lo contará —se atrevió a decir Gil.

—No, mi molestia no es con usted, es solamente con don Eliodoro.

—¿Yo? ¿Qué hice? —dijo Eliodoro arqueando las cejas lo más que pudo.

—Hasta anoche me contaron que usted fue uno de los quemasantos; si lo sé antes no solamente no le vendo nada, pero ni siquiera lo dejo entrar a mi tienda. ¡Usted es el vivo diablo! Es una ofensa a nuestra gente. ¿Cómo se atrevió a hacer esto en un pueblo donde todos somos católicos? —Y luego, a grito pelado—: ¡Salga, salga usted inmediatamente de aquí, ateo desgraciado, en mi tienda no dejo entrar a los demonios, salga!

Doña Petra echaba espuma por la boca. Rápidamente se puso de pie y con el brazo alargado le señaló la puerta a don Eliodoro, que fue saliendo como perro con la cola entre las piernas.

7

La casa de don Bernardo León se había convertido en un hervidero de nervios. Él, sus hijas y su mujer a cada minuto abrían la ventana y se asomaban con ansia para ver la llegada de Angélica, quien pronto regresaría de su primer día de clases, donde se había estrenado como maestra rural.

El viejo reloj de pared de largas cadenas colgantes, perzoso arrastraba los minutos con un tictac desesperante. Eran ya cerca de las seis de la tarde y la calle parecía anestesiada de silencios.

De pronto, tras la esquina, apareció Angélica; venía con pasos lentos, casi arrastrados, y en su cara se podía espiar el tatuaje que da el cansancio.

A los gritos y comentarios de sus hijas, don Bernardo y doña Lucrecia también salieron a recibirla. Ya la puerta de la calle estaba abierta. La muchacha entró y súbitamente desató el caudal amargo de su llanto contenido por quién sabía cuánto tiempo. Frente al asombro de todos, los sollozos ahogados no le permitieron hablar, solamente balbucir unas palabras incomprensibles.

Fue don Bernardo quien impuso la fuerza de su voz:

—¿Qué te pasa, muchacha?

La respuesta fue otra serie de sollozos que al fin le permitieron decir:

—¡No puedo, no puedo, papá! ¡No sé!

Don Bernardo carraspeó fuerte y luego hizo una señal a sus hijas para que se retiraran. Ellas, como dóciles corderos, obedecieron y se alejaron en silencio.

El viejo barrilero puso un brazo sobre los hombros de Angélica, quien se dejó conducir seguida de su madre, doña Lucrecia. Ya en la sala los tres tomaron asiento.

—Mirá, hija, todos los principios son así, nadie nace sabiendo. Poco a poco te irás acostumbrando, ya verás.

Angélica, secándose las lágrimas con la manga de su suéter, al fin pudo decir:

—Es que no sé cómo empezar ni qué debo de hacer. Es una comunidad rural donde los muchachitos apenas si saben hablar el español, que muchas veces lo revuelven con la lengua que hablan entre ellos. No entienden lo que se les dice y solamente se mantienen riendo, jugando o peleándose entre ellos. No hacen caso...

—Hija —reconvino don Bernardo—, para eso está el rigor. Los maestros tienen el derecho de pegarles hasta que ellos obedezcan. Solamente con golpes se les puede dominar. Son unos salvajes y no sé por qué el gobierno se empeña que aprendan la letra, sino que a ellos lo que les corresponde es la obediencia ciega a sus patrones, cultivando la tierra, cuidando y engordando su ganado... ¡Ah, pero no!

Hubo una pausa mientras se ponía de pie y, paseando, continuaba con su discurso, que cada vez se hacía más áspero.

—Para eso está el rigor. La ley del golpe es muy efectiva. Hay que pegarles, Angélica, hasta que aprendan y sepan que no somos sus iguales. Solamente así vas a poder imponer el orden en tu salón de clases.

Angélica seguía llorando, abatida en su silencio.

—Tus lágrimas no me van a convencer, ¡y mañana mismo te me regresas a tu escuela, no hay pero que valga! Recuerda que aquí el que manda soy yo —dijo en un largo alarido.

Y luego, dirigiéndose a su mujer, que permanecía inmóvil como una vil estatua, le preguntó:

—¿Verdad que tengo toda la razón?

Doña Lucrecia intentó responder. Se le pudo notar en el leve movimiento de sus labios, pero otra vez recordó aquello de que “la mejor virtud de la mujer es el silencio”.

8

Don Gil fue apareciendo en la tiendita de doña Petra. Venía solo, aureolado por un paraguas para cubrirlo de la lluvia menuda que salpicaba las calles empedradas.

Al verlo, la señora inventó una sonrisa que le frunció la boca.

—Pase usted, don Gil, pase, que viene muy mojado.

Él se quitó su viejo chaquetón de lana y con movimientos ágiles lo sacudió con energía para después depositarlo en el respaldo de una silla de madera que se encontraba fuera del mostrador.

—¡Ay, don Gil! Estoy muy apenada con usted.

—¿Por qué, Petrita? Diga.

—Usted fue testigo de la forma en que le hablé a su amigo don Eliodoro; pero, compréndame, es que lo que él hizo de quemar nuestros santos va en contra de los principios católicos que me infundieron mis padres. —Y trepando los ojos hacia arriba, continuó—: Que de la gloria de Dios estén gozando. Además el señor cura nos aleccionó que debemos mantenernos alejados de los quemasantos, porque con seguridad tienen pacto con el demonio. Ellos profanaron nuestra fe, nuestras creencias, nuestras costumbres...

La mujer lanzó una mirada capaz de provocar un incendio.

—Con su perdón, doña Petrita, creo que es necesario aclarar este asunto de Eliodoro, que no lo voy a defender

porque sea mi amigo, sino porque es necesario aclarar este caso con la verdad. Usted está mal informada, no fue así como se lo contaron. No.

La mujer cambió de tono para invitar.

—¿Le sirvo una copita?

—Por favor, Petrita.

La señora tomó una botella que contenía un líquido color ámbar y lo vertió en una copita de cristal.

—Es un licor hecho de comiteco y fruta de jobo que lo vengo preparando desde hace mucho tiempo; el secreto es destufarlo muy bien y luego dejarlo que se añeje en una barrica de roble.

9

—No —dijo don Bernardo en una plática silenciosa que sostenía con él mismo mientras trabajaba en su carpintería, donde el olor de la madera se pegaba a sus narices acostumbradas ya a esos lejanos recuerdos de selva y ajustaba los cintos de metal de los barriles.

—No —repetía—, no puedo permitir esto. Algún día mis hijas tienen que trabajar para ayudarme un poco, porque son muchas las bocas que tengo que mantener y luego pues que ellas puedan ayudar a sus maridos, si es que algún día llegan a casarse, y si se quedan de cotorras solteronas, al menos que tengan un modo de sostenerse sin la ayuda de ningún pantalón. Decidido. Hoy mismo me voy a la ranchería de Cajcam para ver a mi Angélica, para saber qué está haciendo o qué no está haciendo. No voy a dejar pasar el tiempo. Es mi deber de padre. Tengo la necesidad de orientarla y para eso es preciso que yo vaya para allá, no me voy a cruzar de brazos. ¡Ah, si Dios me hubiera dado tan siquiera un mi varoncito otro gallo me cantara! Por lo pronto yo ya le hubiera enseñado la ebanistería, y ya me estuviera echando la mano para hacer estos barriles. No, no me gusta este trabajo, ya que es la mismísima cosa que hago a diario y me aburre mucho la rutina porque nada le deja a mi imaginación, en cambio la ebanistería es distinta. Ahí hasta llegaron a llamarme “el artista de la madera”. Aquí gano un poco más de dinero, pero no hay las satisfacciones, pues...

El monólogo se fue desvaneciendo y solamente quedó otra vez la absoluta presencia del olor de la madera.

Al mal paso, darle prisa. No había tiempo que perder, así que ese mismo día don Bernardo se dirigió a la ranchería. Eran diez kilómetros para recorrerlos a pie en un camino de terracería maltratado y sinuoso.

El viejo llegó sudoroso y extenuado, en el momento en que salían los niños de su salón de clases, si salón de clases podía llamarse al espacio cubierto apenas por un toldo de madera vieja donde el viento se paseaba gozoso y silbante. Colgado de un palo había algo que pretendía ser un pizarrrón, y una mesa destartada y coja. Era todo.

Los muchachitos, descalzos, harapientos y sucios, simplemente se sentaron en el suelo, y al toque de un silbato salieron corriendo, gritando y empujándose los unos a los otros.

Dos maestros, él y ella, salieron a recibirlo. Angélica se asomó asustada, respuntando en su boca un remiendo que pretendía ser sonrisa.

La maestra Pina —gorda y con el cabello casi cortado al casquete— atendía a los niños del segundo año; el maestro Germán se encargaba de enseñar en el tercer grado. Era un joven de veintitantos años, moreno y de ojos lobunos. A Angélica le destinaron el primer año, el más difícil, pero ni modo: donde mandaba capitán, no gobernaba marinero.

Al ver a su papá abrió los ojos hasta casi salirse fuera; en carrera abierta fue a refugiarse en los brazos de su padre, mientras en su cara amaneció una sonrisa.

Acezante por el esfuerzo de la caminata, don Bernardo pudo decir:

—Perdón por esta visita inoportuna, pero era necesario venir a conocer la escuela donde trabaja Angélica.

Germán respondió:

—Pues aquí nos tiene a sus órdenes, señor...

—Bernardo León —completó el viejo, que ya había tomado asiento en una banquita empotrada en el suelo, bajo un árbol de tecnoté cubierto de flores blancas.

Solicitos, los maestros le ofrecieron un vaso de temperante que el visitante apuró de prisa.

—Mi Angélica está muy inquieta porque no sabe cómo empezar. Yo le he dicho que hay que tener paciencia, así que mi visita obedece a conocer a sus compañeros maestros y a suplicarles que la ayuden...

El maestro Germán atajó:

—No tenga cuidado, don Bernardo, aquí solamente somos tres maestros y con eso basta y sobra, ya que los muchachitos son muy pocos y faltan mucho a las clases porque sus papás prefieren mandarlos a la milpa para que los ayuden; por eso no adelantan. Lo bueno es que aquí no les expedimos calificaciones. Los pasamos al otro año a ojo de buen cubero, sin papeles ni nada. Solamente le informamos al inspector en una listita. Con respecto a su hija Angélica, creo que es un poco tímida, pero es natural, porque apenas nos está conociendo. Es necesario que se comuniquen con nosotros para que podamos apoyarla —dijo el maestro Germán en una especie de discursillo que pretendía ser amable.

—No sabe cómo se los voy a agradecer —dijo sonriente el viejo Bernardo, completando la frase con un hipo.

—Así empecé yo —terció la maestra Pina—, y ya llevo aquí cuatro años. Vine como Angélica, sin saber nada, para

enseñar a esta recua de muchachitos, que no son más que unos salvajes a los que tiene uno que domar.

—A mí también se me hacía imposible la enseñanza, pero de algo tiene uno que vivir. Mi puesto se lo debo a un pariente que está muy bien parado en el gobierno. Ya lo dijo, creo que algún comiteco, “dadme una palanca y moveré al mundo” —recitó Germán.

Bruscamente don Bernardo se volvió a su hija y levantando el dedo índice le dijo:

—¿Ya oíste?

A Angélica solamente le quedó el recurso de tragar saliva y con un chisquetito de voz dijo:

—Sí.

—Por supuesto que ustedes ya son titulados —apuntó don Bernardo, y su gesto se le pasmó en la actitud de esperar la respuesta.

Germán se apresuró a contestar.

—No, cómo puede usted creer. ¿Para qué putas sirve un título si con él o sin él uno puede ganar la misma paga? —En un susurro continuó, ya que había logrado levantar el tono de su voz—. Los maestros titulados y nosotros somos lo mismo. No hay diferencia. Ya lo dijo el dicho: es la práctica lo que hace al maestro, porque hay maestros con título y hay títulos sin maestro.

El camino de regreso fue muy lento, pero Angélica se sentía apoyada y eso le daba firmeza a sus pasos. Don Bernardo casi arrastraba los pies y a cada rato se sentaba en cualquier piedra a descansar un poco para luego continuar.

Atardecía.

El diálogo de doña Petra y de don Gil seguía, interrumpido únicamente por los continuos acosos a las copitas que él mismo se servía de aquel licor fuerte que bebía de un solo trago con su boca desdentada o, como decía don Bernardo, boca de bolsita de chayote.

—Para que usted, mi querida doña Petrita, pueda entender todo este acontecimiento, voy a tratar de explicarle desde sus antecedentes. Después de esto estoy seguro que usted lo entenderá y comprenderá el porqué de la actuación de nuestro amigo Eliodoro.

—¿Nuestro amigo? Será amigo de usted, mío no. Nunca. Jamás de los jamases. Lo que ese hombre hizo no se le puede perdonar, como también Dios no se lo va a perdonar nunca.

—Dios perdona...

—Ah, sí, claro, pero te remite al infierno a chamuscarte, donde con toda seguridad ahí deben de estar todos los quemasantos.

—Petrita... Petrita... —dijo Gil mientras su cara de arrugas cuadrículadas atrapaba un gesto que pretendía ser conciliador. Se sirvió otro trago—. Déjeme explicarle. Tenga paciencia. Escúcheme, por favor, y ya después usted tomará la decisión que quiera, pero antes le quiero decir que a nadie se le puede condenar sin que se le dé el derecho de una explicación.

—¡Ay, don Gil! A nuestro señor Jesús lo condenaron a morir y nadie le pidió explicaciones.

—¿Usted ha leído la Biblia?

—Mmm... Pedazos. Lo que sí conozco es un libro que se llama *El mártir del Gólgota* y que mi mamá nos leía salteadito cuando íbamos a Uninajab a pasar la temporada de baños.

—Pero ¿se acuerda usted quiénes mandaron a matar a Jesús?

—Cómo me voy a acordar. No soy tan vieja como usted piensa —maulló Petra.

—¿No sabe quién mandó a matarlo?

—¿Cómo no! Un tal Herodes... No sé su apellido.

—No, Petrita, no: Herodes fue quien mandó a matar, pero a los niños inocentes.

—¡Ay, sí, don Gilito! —La señora puso los ojos en blanco—. Ya me acordé: el que mandó a matar a Jesús fue un tal Caín, pero tampoco sé su apellido.

El viejo parpadeó, como si con ello pudiera ahuyentar las últimas palabras que escuchó, y sin ninguna prisa continuó ocultando una sonrisa en el hueco oscuro de su boca.

—Bueno, dejemos eso y vayamos a algo más cercano; con eso voy a tratar de justificar algo que para usted todavía no está muy claro.

—¿Me está usted diciendo que yo soy una vil pendeja?

—No.

—Entonces siga usted y no voy a interrumpirlo. Siga —casi ordenó.

Gil se sirvió otra copita y después de carraspear tres veces dijo:

—Bueno, ¿y usted ha oído hablar de Plutarco Elías Calles?

—Sí, cómo no. Creo que es un albañil que vive en el barrio de Nicalocok. Dicen que es medio tramposo.

Eliodoro no supo cómo disimular una sonrisa.

—No. Don Plutarco Elías Calles —dijo explicativo— fue presidente de la república mexicana más o menos en los años treinta y tantos. En ese entonces el gobernador de Chiapas era el coronel Victórico Grajales. Fue en esos años cuando se inició una campaña antirreligiosa que en Tabasco había emprendido Tomás Garrido Canabal, en ese tiempo gobernador de aquel estado. Así, se cerraron muchas iglesias y se quemaron muchos santos. Todas las ciudades se vieron afectadas, menos Comitán. —Dándole un tono imperativo a su voz, acentuando cada una de sus palabras dijo con tono solemne—: A-quí-no-se-que-ma-ron-san-tos —silabeó—. Ni uno.

—¿Cómo? —respondió doña Petra extrañada, y dejó que su boca permaneciera abierta.

—Paciencia, Petrita, que ahora mismo usted se va a enterar de cómo en realidad sucedieron las cosas. —Tomó la botella de licor y bebió hasta el fondo para proseguir con su relato—. Eliodoro era empleado del ayuntamiento municipal, así pudo darse cuenta de que se pretendía quemar a todos los santos de las principales iglesias de Comitán. Católico como es, Eliodoro corriendo fue a avisar al señor cura en la casa donde permanecía escondido, temeroso por la persecución religiosa que se estaba extendiendo como una mancha implacable.

”Fue entonces cuando la familia Cancino, de rancio abolengo católico, se puso en contacto con Eliodoro, quien

poniendo en peligro su empleo y su vida los ayudó a sacar a todos los santos de la Iglesia Grande. Así lo hicieron: en la oscuridad de la madrugada se metieron al templo y retiraron a todos los santos para luego esconderlos bajo el piso de madera de la sala de los Cancino.

—El fervor católico salvó a las imágenes y Eliodoro no solamente no quemó ningún santo sino que él inclusive ayudó a salvarlos de las llamas. En sus propios hombros cargó la bella imagen de la Inmaculada Concepción que se encontraba solitaria en su capilla, con los ojos al cielo, como solicitando ayuda. La bella imagen estaba custodiada por un ángel al que se le arrancaron las alas para vestirlo con la ropa de la Virgen. Con todos los demás santos se hizo lo mismo: fueron sustituidos por imágenes apolilladas por el tiempo y que se encontraban arrumbadas en la sacristía de la iglesia.

La señora Petra permanecía como una estatua con los ojos y la boca abiertos, y no pudo reprimir su comentario.

—Pero don Gil, si todos lo saben que en pleno parque central quemaron a los santos...

—Se lo repito: lo que realmente quemaron fueron esos ángeles apolillados a los que vistieron con las ropas de los santos y los depositaron en los altares. Después de concluir esta tarea escaparon por una de las ventanas.

Los ojos de doña Petra se habían convertido en dos platos y su mirada estaba prendida en ninguna parte.

El relato de don Gil se prolongó durante media hora más con otro montón de detalles y con citas de testigos.

—“...A nosotros nos encerraron todo ese día en el oratorio de una vecina quien bajo sus dedos se sucedieron las cuentas del rosario que repetimos desde la mañana hasta el anochecer”.

Don Gil evocaba con la mirada al pequeño oratorio que doña Petra había instalado en un rincón de su tienda, pero de pronto se dio cuenta que ella, después de un prolongado cabeceo, se encontraba plenamente dormida desde hacía ya un rato. Salió de puntitas para no despertarla, cerró la puerta con cuidado y se lanzó a la noche.

11

Hacía ya algún tiempo que, por uno u otro motivo, los cuatro amigos no habían coincidido en la tiendita de doña Petra. A la vieja costumbre no se podía renunciar tan fácilmente: la plática fecunda, el comentario mordaz o la necesidad de ventilar los problemas personales para ser compartidos. ¡Cuántas veces el alma se había aligerado para volar muy lejos de ahí!

Todos llegaron casi a la misma hora: las seis de la tarde. Una hora melancólica, quizá provocada por el sonido de las campanas que llegaban de otros barrios vecinos: las iglesias de Jesusito, San Sebastián o San Caralampio, que daban el anuncio del primer toque de campanas para la misa nocturna.

En la calle, las mujeres arrebozadas pasaban deslizándose cautelosas como almas en pena; daba la impresión de que sus pies no llegaban a tocar el suelo y levitaban como almas liberadas de las leyes de gravedad.

Teodomiro Cuncumate llegó acompañado de Gil y casi enseguida aparecieron don Bernardo y Eliodoro; todos tomaron sus asientos habituales alrededor de la mesa.

Disparada, doña Petra le sirvió una botella de aguardiente que esta vez acompañó con jocotito verde encurtido en sal, luego, apoyándose en la mesa, se dirigió a Eliodoro.

—Perdón por lo mal que pensé y hablé de usted, mi queridísimo don Eliodoro, pero es que ya sabe que hay malas lenguas que lo maldecían diciendo que usted era un

quemasantos, pero gracias a Dios y a don Gil ya me enteré que es todo lo contrario. Le debemos mucho y yo humildemente le pido mil veces perdón, así que por esta ocasión todo lo que usted consuma corre por cuenta de la casa.

—¡Salud!

Exaltado, don Bernardo soltó un grito:

—¡Pta. Ahora sí que este cabrón se va a emborrachar gratis; bendita sea tu garganta, Eliodoro!

—¡Salud! —corearon todos.

Doña Petra secó una lágrima que nunca existió, pues no logró aparecer en los ojos. Se retiró a su mostrador, aplaudiendo, mientras Eliodoro, sintiéndose un auténtico triunfador, agradecía como un actor después de la función.

Cuando apuró hasta la última gota de la segunda botella, a Teodomiro Cuncumate se le ocurrió preguntar:

—¿Y tu hija, Bernardo, ya está trabajando?

—Sí —respondió el aludido—. Hasta se me ocurrió ir a la ranchería de Cajcam, que es donde está la escuela, y queda a diez kilómetros de aquí.

—Angélica debe de estar feliz.

—Rete. Claro que al principio no, porque tenía que enfrentarse, por primera vez en su vida, a algo desconocido, pero poco a poco... Lo bueno del caso es que afortunadamente está muy bien acompañada de dos maestros: la maestra Pina y el maestro Germán.

—¿La Pina Gordillo es maestra de esa escuela? —preguntó Teodomiro Cuncumate.

—Sí. ¿Por qué?

—¡Dios mío! Pero si es una alcohólica sin remedio. ¿No saben la historia?

A la pregunta, don Bernardo, con el ceño hecho nudo, respondió con otra pregunta:

—¿La maestra Pina, alcohólica?

—¿Pues que no lo sabías? —terció Teodomiro Cuncumate—. ¿No? Ah, pues entonces les voy a contar algo de la historia de la maestra Pina para que todos ustedes puedan quedar enterados, sobre todo vos, Bernardo.

Carraspeó tres veces seguidas y luego ensartó su mirada en el techo, como buscando algo, y cuando lo encontró lanzó un silbido como vieja locomotora.

—Pues si ustedes no lo sabían, a la Pina le apodan la Sota de Copas, pero no solamente por la forma que tiene recortada su melena, sino más bien por su afición al alcohol. Bueno, pues resulta que en el trabajo que tenía anteriormente la tuvieron que correr...

Don Bernardo se convirtió en una viva interrogación.

—¿Y por qué? —preguntó.

—No me interrumpás, pues —le contestó Teodomiro Cuncumate, y prosiguió su relato perseguido por la curiosidad de quienes le escuchaban ansiosos, incluyendo a doña Petra, que se agarró muy fuerte de su mostrador para continuar escuchando el relato, sin perder ningún detalle, pues el chisme estaba de lo mejor—. Pues un día, sin anunciarse, se presentó el inspector escolar a ese lugar donde trabajaba la Pina, ¡y que la va encontrando en su clase, perdida de borracha, roncando y apoyando la cabeza en su escritorio, mientras los niños jugaban a grito abierto y se aventaban entre ellos bolitas de tierra! ¡Jesús! Ya hasta le habían pegado a la Pina una larga cola de papel, que regocijaban a grandes carcajadas. Ésta es la escena que encontró el inspector. En cuan-

to lo vieron, los muchachitos como que se inmovilizaron. El funcionario se acercó a la maestra y a duras penas logró que se incorporara. La Pina trató de abrir los ojos, pero los humos del alcohol se lo volvieron a cerrar, solamente alcanzó a decir en una revolución de palabras: “¿quién sos vos, bultito?”. Justo al otro día, y en un lugar por aparte, el funcionario llamó a la maestra para amonestarla: “mire, maestra, estoy enterado de que usted es alcohólica desde hace ya mucho tiempo. Quiero que entienda que esto es una escuela, no es ni su casa ni una cantina. Todos debemos tenerle respeto a este lugar, que debe ser sagrado. Ayer pude darme cuenta de la falta de respeto que le tienen sus alumnos, además de que no están aprendiendo nada”, y levantando la voz autoritaria prosiguió: “yo no puedo permitir esto”. La Pina le contestó: “señor inspector, voy a sincerarme con usted y quiero ser honesta. Este vicio lo tengo desde hace ya muchísimos años. Me doy cuenta de que estoy envenenada, pero no puedo evitarlo porque es una fuerza más grande que mis deseos y mi necesidad. ¡Ayúdeme usted, señor inspector! Quiero que comprenda que yo soy una mujer sola, sin hijos ni marido”, dijo, y se quebró en un llanto lastimero. Al inspector se le anegaron los ojos en lágrimas: “maestra Pina, le doy gracias por haberme confiado su problema, pero comprenda que yo tengo una responsabilidad que cumplir. Le voy a proponer algo: mire, si usted realmente no puede evitar su alcoholismo, por lo menos trate de disimularlo, porque lo peor que usted hace es tomar el licor a boca de botella y ante sus alumnos, que naturalmente se dan cuenta. Fuera de mis atribuciones, le aconsejo que lo disimule en la forma que usted crea mejor”. “¡Gracias, señor inspector, muchas

gracias!” , exclamó la maestra Pina, y se abalanzó a abrazar el inspector, que torció la cara y contuvo la respiración porque no pudo resistir el fuerte olor a licor que expedía la maestra. Inició su camino de regreso y desde la puerta volvió a recomendarle: “piense en lo que le digo, maestra. Disimule. Disimule su vicio, porque no quiero que si continúa así me obligue a darle de baja”. Al otro día la Sota de Copas se presentó en su salón con una botella a la que le había colocado una etiqueta que decía “tómese una cucharada de esta medicina cada cinco minutos”. Y así lo hizo: tomaba una cuchara y se servía para luego hacer muecas pretendiendo que lo que había bebido estaba muy amargo o muy ácido..., pero después de cada cucharada comía pedacitos de queso, que eran su botana.

Teodomiro Cuncumate se dirigió a la casa de don Bernardo León. Sabía que en el fondo había un sitio donde estaba establecida su carpintería; ahí hacía los barriles que con tanta premura le encargaban los fabricantes de aguardiente. El objeto de esta visita era pedir que le regalara un pedazo de madera para componer una de las ventanas de su casa, que se estaba cayendo de podrida, y por cuyas rendijas se colaba el aire.

Ya dentro de la casa, y mientras caminaba, Teodomiro Cuncumate pensó “¿qué pasara si todo lo que pensamos fluyera en voz alta?”. Y la vocecita se acurrucó en su cabeza.

Las hijas del Bernardo sí que son feas, pero retfeas; seguro que no van a tener salida. ¿Quién putas se va a fijar en ellas? Parecen copiadas la una de las otras. No hay ninguna diferencia entre ellas: blancas y gordas, ¡y cómo hablan las muy cabronas! Parecen chachalacas. Aturden...

Sí. Ellas trabajaban todo el santo día en las tareas que les estaban asignadas, y claro que las cumplían al pie de la letra, así evitaban el fuerte regaño del viejo Bernardo, y por eso la casa, aunque vieja, lograba mantenerse limpiísima. La regla de oro: cada cosa en su lugar.

Yo no las podría aguantar en mi casa, son como un enjambre de avispas culonas.

El trabajo hogareño de Angélica se lo habían repartido entre todas y la casa continuaba con su bullicio cascabelero

entre el arrastrarse de las escobas y el chocar de los trastos en la cocina.

¿Angélica, maestra? ¡Dios mío! Pero si ella apenas sabe leer y escribir... Las pendejadas que estará haciendo el Bernardo, y todo con tal de ganar más dinero. No le basta con lo que le pagan los aguardenteros. Su ambición no tiene límites.

De pronto, en algunos labios, se escuchó una canción del músico poeta Agustín Lara, tan popular en estos años. A una voz se le agregaba otra y el dúo se hacía trío hasta terminar en un coro desafinado y disperso.

Quando la escarcha pinte tu dolor,
cuando ya estés cansada de sufrir,
yo tengo un corazón para quererte
y el nido donde tú puedes vivir.

Duelen los oídos. Si fueran mis hijas, con mi fuate yo les hubiera colocado una santa madriza... ¿No se aburrirán estas cabronas de estar berreando todo el santo día? Si parecen carneros a punto de morir degollados.

Mujer, mujer divina,
tienes el veneno que fascina en tu mirar.
Mujer alabastrina,
tienes vibración de sonatina pasional.

Tienes el perfume de un naranjo en flor,
el altivo porte de una majestad...

¡Ay, sí, cómo no! “Tienes el perfume de un naranjo en flor”. ¡Pta! ¡Es que no han olido a mi suegra, que huele a pescado seco de tierra caliente!

Teodomiro Cuncumate llegó hasta la sudorosa presencia de don Bernardo. Aún pudo escuchar la voz de la sierra y la garlopa. El carpintero al verlo tomó asiento en un banco, sosteniendo en su mano un grueso martillo al que llamaba “machón”.

—Buenos días, Bernardo —dijo poniendo cascabelitos en su voz.

¡Pinche viejo!

—Adelante, Teodomiro, ¿qué milagro es de verte tan tempranito?

—No, no es milagro, solamente vine a pedirte un favor.

—¿De qué se trata?

—Quiero ver si tenés una reglita que ya no te sirva.

—Aquí nada sobra, todo sirve.

¡Pinche viejo!

—La que necesito no es muy grande, es de buen tamaño.

—¿Como de qué medida?

—...Pues como de unos ochenta centímetros.

—¿Ochenta centímetros? Eso te va a costar un peso.

¿Un peso? ¡Hijo de la chingada!

—Gracias, gracias.

—Es que ahora la madera está muy cara. Me la están trayendo desde la selva y a puro lomo de indio.

—Pues... dámelo, porque lo necesito mucho, Bernardito. —Y acentuó el diminutivo.

Don Bernardo buscó entre la madera acumulada en un rincón y encontró justo lo que necesitaba. Se lo alargó a las

manos extendidas de Teodomiro, que casi se lo arrebató. De la bolsa de su pantalón sacó el peso en varias monedas y las contó una por una en la mano callosa de Bernardo.

—Ojalá que te sirva.

—Sí, sí, muchas gracias.

Qué amigo tan generoso. Al infierno te vas a ir, y tengo la seguridad que el mismo Diablo te va a cobrar para que entrés al infierno.

Con la regla comprada bajo su brazo, Teodomiro Cuncumate regresó a la calle, mientras la vocecita volvió a acompañarlo, apagándose poco a poco y en forma intermitente.

Viejo, codo, cabrón... Ejo... Odo... Bron... Ejo... Odo... Bron...

13

Después de tres meses en la escuelita de Cajcam, Angélica siempre vuelve a su casa con una cara radiante; tal parece que el sol sale a brillar en su alegre gesto. La pesadumbre se quedó atrás. Sus lágrimas encontraron un cauce interior y no volvieron a aparecer en sus ojos, donde la alegría casi llegó a estacionarse.

Recibe un sueldo mensual, del cual guarda unas cuantas monedas, y el resto se lo entrega a su papá, complacido y feliz.

Ante la boca abierta de sus hermanas y la boca cerrada de doña Lucrecia, Angélica les narra las experiencias en su trabajo:

—Claro me lo dijo papá. Al principio todo era dificultad, pero sobre todo impotencia, impotencia de no saber lo que debía hacer. Esto hacía que me desesperara y en lugar de enseñar lo que yo no sabía me ponía a llorar, pero gracias a Dios los otros dos maestros me han ayudado muchísimo. La maestra Pina desde hace muchos años tiene su sistema y lo aplica, y el maestro Germán es una preciosidad. Como es muy joven, me comprende mucho; algunas veces abandona a sus alumnos y llega conmigo para ayudarme a enseñar. ¡Yo estoy feliz!

”Cuando los muchachitos repiten las lecciones en coro, tal parece que estuvieran cantando algún himno lejano y

desconocido; momentáneamente se olvidan de su lengua, pero el acento que tienen hace un ritmo muy especial que combina con el silbido cercano del viento, que tal pareciera que llega de muy lejos a unirse con su voz líquida a este coro infantil.

”A la hora en que voy a dormirme, continúo escuchando esas vocecitas.

—Hasta en poeta te estás convirtiendo —respondió cualquiera de sus hermanas.

Angélica buscó su rostro en el pequeño espejo que guardaba en la bolsa de su vestido, y el espejo le regresó una sonrisa feliz y complacida. Parpadeó al terminar su discurso. Mientras tanto, las muchachas cerraban la boca y doña Lucrecia continuaba también con los ojos abiertos, pero, como siempre, con la boca tenazmente cerrada.

El maestro Germán no es de por estos rumbos. Nadie sabe cabalmente de dónde vino, porque cada ocasión que se le trata el tema, cambia, diciendo algunas ocasiones que es de Tapachula, Huixtla o Tonalá. Lo único que se sabe exactamente es que hace como tres años que apareció por este lugar, que se encuentra como maestro rural en la rancharía de Cajcam y como casi todos, en una regla casi establecida, él tampoco tiene título de maestro.

Cuando regresa de la escuela viene a la ciudad montado en un soberbio caballo prieto de crines trenzadas. Indudablemente que él es un tipo atractivo, varonil; sobresalen sus músculos en las ajustadas camisas que luce despreocupadamente cuando, solitario siempre, sale los domingos a dar una vuelta al parque central de Comitán.

Llama la atención de todas las mujeres, que no pueden impedir mirar a este fuereño con una curiosidad extrema, morbosa. Naturalmente que él se da cuenta y adopta su postura de pavo real; ellas se apeñuscan en sus ventanas para ver pasar esta visión capaz de desentumir las más escondidas pasiones que es imposible reprimir.

Da la impresión que sus ojos de un color verde cambian-te siempre están mirando hacia adentro, como buscándose a sí mismo. Se hospeda en un cuarto amueblado que le alquila una solterona que vive por la Cruz Grande y que se llama

Artura Ramos. Ella le da el cuarto en alquiler para sostenerse, porque vive íngrima desde que murieron sus padres en aquella epidemia de tifo que se llevó a tantísima gente. Es tan alta que sus vecinos la apodaron Artura de Tres Pisos. Es trompudita y cuando abre la boca amanece la luz muerta de un diente de oro. Tiene un visible bigote ralo y un lunar encaramado en la punta de su nariz aguileña.

Artura no puede disimular que le gusta su huésped, porque es de muy buen ver y sobre todo apoderado de una mirada de ojo verde que tal parece que puede perforar a quien se le ponga enfrente.

Cada vez que el maestro Germán regresa todos los viernes por la tarde, Artura lo saluda efusivamente echándose encima y rozando con sus pechos turgentes el torso atlético de este hombre que vino a perturbar su quietud.

Ya entrada la noche, la soltera llama a la puerta de su huésped con toquiditos sordos.

—¿Se le ofrece algo, maestro?

—No.

Ella regresa paso a pasito a la frialdad de su recámara, mientras Germán, acostado, da media vuelta en su cama, en tanto que el sueño acude lentamente para cubrirlo de imágenes.

Apenas hacía unas cuantas horas que Angélica se había ido a su trabajo en la escuelita de Cajcam cuando repentinamente apareció en su casa. Traía la cara pálida y el gesto revuelto. Derecho se fue a su cama, mientras que doña Lucrecia, su mamá, y todo el enjambre de sus hermanas, llegaron, rodeando la cama donde Angélica yacía callada.

Murmullos, caras asombradas, ojos abiertos a su máxima capacidad y muchas preguntas que se confundían entre sí.

—Regresé porque me sentía muy mal y no pude quedarme en mi clase.

—¿Te duele algo? —preguntó cualquiera de sus hermanas.

—No. Simplemente no sé lo que me pasa, pero me siento muy mal. Como que tengo un remolino en mi cabeza, pero gracias a Dios no tengo dolor.

—Con toda seguridad es lombricera o solitaria —murmuró otra de las muchachas—. A mí me pasó lo mismo cuando tuve lombricera. Es retemolesto, pero mamá sabe hacer un té de epazote que es un santísimo remedio.

Al oír esto, doña Lucrecia no lo pensó dos veces y salió disparada hacia la cocina a preparar el té, al que dejó caer una rajita de ocote colorado y una brasa apagada. Hirviendo se lo llevó a Angélica, que lo fue tomando traguito a traguito. Sus ojos húmedos poco a poco se fueron apagando y el silencio como un puño cerrado se apoderó de la casa.

Solamente los gritos de un alcaraván perforaron esa quietud cabal.

16

Angélica vomitó toda la santa noche. Sin duda sacó todo lo que le había hecho daño. Se sintió bien y muy de mañana regresó a su escuela como nimbada por una corona celestial; su paso era ágil y en sus ojos apareció una extraña luz.

Mientras tanto, cuando doña Lucrecia barría el zaguán que daba a la calle, de pronto vio que abajo, en la rendija de la puerta, había un sobre cerrado dirigido a su marido. Lo recogió y con un estruendo de fustanes fue a entregarlo a don Bernardo, que muy quitadito de pena se encontraba en el comedor tomando su café con pan.

El viejo rasgó el sobre y leyó con los ojos sin parpadeos lo que decía la carta que estaba escrita así:

Respetable don Vernando:

Con todo el respeto que usted me merese le estoy dirigiéndole esta misiva con la seguridad que me va a entender; no se si ya Angelica su hija, le ha comentado algo, pues yo le supliqué que lo isiera.

Don Vernardo: Ella está medio embarazada, pero para estar seguros, fuimos con el doctor Arreola y el nos lo confirmó.

Usted como jente inteligente madura y formal debe comprender nuestra situación que estoy dispuesto a reme-

diar. Talves fue un momento de locura o de calentura, no se, pero espero que después de mi explicación no sea muy duro con su ija. Estoy dispuesto a casarme con ella por todas las lelles y lo más pronto que sea posible, en cuanto usted me diga y para ebitar las habladurías de la jente que usted ya sabe, viven del chisme porque tienen ponsoña en la lengua porque son pior que todas las víboras.

En estos días paso ablarle para pedir su mano de Angélica y pedirle perdón a usted en nombre mío y de ella. Nada más déjeme unos dillitas.

Su futuro y arrepentido yerno:

Prof. Germán.

Al terminar de leer la carta, don Bernardo dio un puñetazo y con el brazo tiró al suelo todos los trastos que había sobre la mesa. Atónita, doña Lucrecia tomó la actitud de una estatua y ahí se quedó, por quién sabía cuánto tiempo, mientras don Bernardo salió a la calle hecho un cachinflín.

17

Ahí, en la tiendita de doña Petra, ya estaban echando sus traguitos Teodomiro Cuncumate, Gil y Eliodoro. Llegó Bernardo y tomó su asiento habitual junto al mostrador, casi dando la espalda a sus amigos. Con la mirada puesta en un ángulo de la pared lanzó un fuerte resoplido.

—¡Uf!

Sonriente y solícita, doña Petra le preguntó:

—Como que viene usted muy cansado, ¿le sirvo algo?

—Si, por favor, deme una cuartita de comiteco añejo.

Y ante el asombro de sus amigos fue tragándose copa tras copa hasta terminar todo el licor de la botella.

—¿Qué santo hizo el milagro? Ya hace un buen tiempo que no te aparecías por acá.

Era Eliodoro, a quien en contestación Bernardo respondió encogiéndose de hombros y nuevamente volvió a resoplar como caldera de agua hirviente:

—¡Uf!

La segunda pregunta la hizo Teodomiro Cuncumate:

—¿Será posible que por tu quehacer en la barrilería ya nos olvidaste a nosotros? —Y cambiando de gesto concluyó—: ¡Nos haces falta, Bernardo!

—¡Uf!

Gil no se quedó atrás y también le tocó turno a su pregunta:

—¿Qué noticias nos traés? —Y suavemente golpeó la espalda de Bernardo, quien molesto lo esquivó con cierta brusquedad, pero Gil remachó con una nueva pregunta—: ¿Cómo va tu hija Angélica en la escuela?

—¡Uf!

Bruscamente Bernardo se levantó de su silla y pagó arrojando unas monedas al mostrador, luego salió tambaleante a la calle.

Los tres amigos se comunicaron entre sí deslizándose una mirada entre molesta y burlona.

Naturalmente que don Bernardo no pudo dormir esa noche. Vuelta y vuelta en su cama, atiborrando de imágenes su cabeza, con toda su alma hubiera querido que al menos sus ojos pudieran cerrarse para poder descansar un poco y dejar de pensar; paralizar aunque fuera por unos momentos los pensamientos que lo estaban volviendo loco y dejar que sus ideas volaran muy lejos; pensar en su juventud, en su trabajo, pero no.

Afuera la luna llena fue la encargada de teñir de azul celeste la oscuridad. De un brinco se paró de su cama. Se vistió de prisa. Atropelladamente y con pasos pretendidamente firmes fue saliendo del pueblo, casi convertido en cualquier alma vagabunda. Se dirigió a Cajcam, transformado en un montón de nervios que caminaba tropezando con las piedras o brincando entre los charcos que como pequeños mares ensuciados mojaban sus pies. El camino parecía no tener fin.

Cuando al fin llegó, ante su vista apareció el montón de chocitas de aquella rancharía; de los techos de las cocinas se colaba el humo lento que era el anuncio gris de la nueva mañanita.

Los pasos de don Bernardo ahora se hicieron más ágiles y firmes. Con la mirada buscaba el lugar donde sabía que vivía Germán. Llegó. La puerta estaba cerrada y con el puño de su mano llamó varias veces, cada ocasión con mayor

fuerza, pero nadie acudió a abrirle: a sus espaldas apareció la maestra Pina, arrebozada con un viejo chal raído; varios hipos denunciaron la borrachera matutina.

—¡Tan temprano, don Bernardo! ¿Qué se le ofrece, puedo servirle en algo?

—Vine a buscar el maestro Germán —dijo disparando sus palabras una a una.

—¿Al maestro Germán? —respondió ella con los ojos extraviados y la lengua tartamuda que acompañó con eructos intermitentes.

—Sí, quiero hablarle a Germán, a él vine a buscarlo.

—Ah, yo ya sé a qué vino... Pero siento decirle que desde ayer empacó todas sus cosas y se peló.

—¿Se fue! ¿A dónde? —gritó el viejo con los ojos arrancados.

—Ah, eso sí no sé, pero abandonó la escuela sin tan siquiera decirme nada. A sus alumnos los tuve que atender yo.

—¡Cabrón, hijo de su revolcada abuela!

Doña Pina, con el disimulo de una sonrisa aceitosa, lentamente informó:

—Por favor, don Bernardo, no se me enoje por lo que voy a decirle, pero es necesario que lo haga, porque a eso vino usted, ¿no?

—Sí, a eso vine, y por favor cuénteme todo lo que sabe.

—Bueno, pues le informo que estos muchachos no se comieron la torta antes del recreo: se la comieron precisamente a la hora del recreo. Yo misma lo vi con mis propios ojos míos que se van a comer los gusanos. Los vi haciendo su mañosada en el vil piso del salón de clases mientras los

muchachitos jugaban en el patio y si yo no le informé a usted de esto es porque a mí no me gusta meterme en chismes y mucho menos en puterías.

—¡Cállese, por favor, no siga!

Doña Pina se encogió de hombros y dio la media vuelta mientras don Bernardo se alejaba rápidamente de ahí pateando con furia cuantas piedras encontraban sus zapatos. La maestra Pina entró a su habitación tomando hasta la última gota de licor de la botella que tenía en su destartalado buró. Poco a poco una sonrisa desapareció de su rostro y solamente quedó un gesto ambiguo.

Bajo de un árbol de ciprés, el viejo Bernardo se sentó sobre el zacatito verde y ahí se puso a llorar secando el arrollo de sus lágrimas con el torso arrugado de su mano.

Sus sollozos espantaron a los pájaros, que volaron más allá.

19

El viejo ebanista, reconocido en toda la región como un artista de la madera, el barrilero eficaz, el del porte altivo y señorial, ahora se veía encorvado, pensativo y huraño. Angélica era la culpable de su agobio.

Llegó a su casa y, al abrir la puerta de calle, su mujer y sus hijas lo recibieron atónitas, pero sin ninguna pregunta en la boca. Esperaban que el jefe de la familia les informara algo, algo. Pero no.

Sin brusquedad se abrió paso entre ellas y se fue directo a su taller. Las mujeres se quedaron ahí, totalmente inmóviles; mientras tanto, don Bernardo se afanaba ya, seleccionando la madera que bien pronto le serviría. La fue amontonando y cuando hubo de terminar regresó al encuentro de sus hijas, que ya lo esperaban en el corredor. Solamente faltaba Angélica, que permanecía en su cuarto, mirando largamente al cielo mediante la ventanita que daba al jardín. Su oído estaba atento, esperando escuchar algunas palabras de su padre, pero no. Las muchachas permanecían en espera y como en un desfile fúnebre se fueron dirigiendo al comedor en penumbras. Solamente podían escucharse los pasos firmes de aquel hombre huraño con un gesto logrado quizá por un mal escultor. Cuando llegó la hora de la cena cada quien tomó su lugar alrededor de la mesa, menos Angélica, que aún continuaba absorta, hipnotizada, mirando los astros. Nunca le habían parecido tan lejanos.

En el comedor el silencio pesaba como muchas toneladas de plomo.

Doña Lucrecia corría con pasitos acompasados de su cocina al comedor, disponiendo los alimentos que nadie se atrevía a tomar hasta que don Bernardo lo hiciera; sin embargo, él, con parsimonia, retiró el plato que le ofrecían y carraspeó tres veces.

—Miren: nuestra familia, los León, somos bien reconocidos en todo el pueblo como gente honesta y de trabajo. Yo me he rajado el alma trabajando como un burro para que a ustedes no les falte nada. Lo digo ahora que siento una inmensa vergüenza que me va a matar; más que a nadie, ustedes lo saben. Logré que Angélica, la hermana mayor de ustedes, se fuera a trabajar como maestra rural. Aproveché algunas palancas y ya cobraba sus buenos centavos, pero... había de salir con su domingo siete.

Después de una pausa continuó tartamudeando:

—No sé cómo empezar, cómo decirlo, pero me he decidido hablar claro, porque es necesario que yo me encare con el problema. Angélica está embarazada —dijo de una manera resuelta y firme; todos los ojos se abrieron a su máxima dimensión—. ¡Qué vergüenza, Dios mío, qué vergüenza! Yo que siempre soñaba con llevarla al altar, cubierta de azahares y vestida de blanco..., pero desgraciadamente en la escuela de Cajcam conoció a un tal Germán que también era maestro, un desgraciado que después de hacerse de ella, a la fuerza o no, quién sabe, huyó de aquí y se fue a esconder su delito no sé dónde. Así pues, quiero que sepan que ya tenemos el lunar de la familia, la mancha, ¡qué vergüenza!

Y dando un puñetazo inició una larga y pesada pausa acompañada por los sollozos de quién sabía quién; sin embargo, nadie se movió de su lugar.

Aquel viejo abatido continuó:

—Es necesario que nadie sepa de nuestra vergüenza, por lo tanto he decidido aislarla y que nadie, nadie —repitió acentuando la palabra— sepa de ella, ni la vean. Mañana mismo voy a construirle un cuarto en el rincón más alejado de la casa, ahí donde nadie pueda verla, ni ustedes mismas. Los alimentos se los llevaré yo mismo. Ahí Angélica tendrá la cárcel de su castigo y una buena lección para que ustedes la aprendan de memoria.

Los sollozos fueron multiplicándose y una a una las muchachas se marcharon abandonando la estancia y el silencio se hizo, quizá solamente permitía oír los apresurados latidos de aquellos corazones alterados.

20

El silencio no es la falta del sonido. El silencio es la total fuga del universo, la ausencia del cielo y del infierno; el escape de uno mismo hacia las regiones donde la nada habita en su mansión de seda.

El silencio te va matando con una serie de puñales invisibles; te va borrando poco a poco hasta desaparecerte, y ya no tienes manos para ningún ademán. No tienes pies porque no hay pasos, ni rumbo, ni direcciones; no tienes ojos porque ya no existes para ver a nadie.

Así quedó Angélica, hundida, sembrada como un árbol seco, sin raíces; plantada en su habitación de madera. Sola, perdida, desaparecida.

De fuera no le llegaba ningún sonido, o el canto de algún pájaro extraviado; muy arriba de su techo no había ni el titilar de algún astro errante y su boca muda no podía dialogar ni con los maderos que formaban las paredes de este mísero cuarto estrecho.

Sin duda alguna ella estaba muerta y no lo sabía, porque cuando lloraba, entre la espesura del silencio cabal, ni siquiera oía sus propios sollozos ni el eco de su respiración que la ahogaba en la mitad de un nudo ciego; simplemente sus lágrimas resbalaban y se perdían.

Ah, el silencio es lo que habitaba en el principio de los siglos, mucho antes de que Dios despertara para regalarnos

el sonido musical de los mares y la tierra con el contraste de cascabeles y trompetas.

Aquí, en este refugio, está untado el silencio del silencio.

El silencio es un pájaro muerto en la plenitud del desierto, guijarro dormido en el fondo del océano que nunca ha escuchado el ruido líquido del estruendo del mar.

21

Una tarde Artura se presentó en la casa de don Bernardo. Él la recibió pensando sin duda que algún aguadentero la enviaba para hacerle un nuevo pedido. Hacía ya algún tiempo que no recibía a nadie. Cumplía su quehacer como recién apartado del mundo.

Artura llegó hasta el taller pisando la viruta regada en el piso. El viejo barrilero suspendió por breves momentos su tarea, dejó caer su martillo al suelo y con una sola sílaba preguntó:

—¿Sí?

—Señor, permíname la molestia y el atrevimiento, pero es que estoy buscando a su hija Angélica.

—No se encuentra aquí —respondió con el ceño anudado.

—Me urge hablar con ella, ¿dónde puedo encontrarla?

—No sé.

—Es solamente para hacerle unas preguntas. Me precisa.

—¿De qué se trata, puedo yo saber?

—Es que quería preguntarle por el profesor Germán.

Al oír este nombre, don Bernardo disimuló un brinco, en vano trató de ocultarlo, pero sus ojos no pudieron denunciar su inquietud.

—Es que yo le rentaba una recámara en mi casa y...

—¿Y no le pagó?

—Pues...

—¿No le pagó? —repitió.

—Es que no se trata de eso...

—Perdóneme, pero yo no puedo informarle nada de nada.

Sin poderlo reprimir, la mujer rompió en un llanto ahogado y a duras penas pudo decir:

—Ustedes eran mi única salvación... Nadie me da ninguna razón del maestro Germán. Ya hasta me fui a Cajcam a preguntarle a la maestra Pina, pero ella tampoco sabe nada del paradero de él. Pensé que su hija Angélica, que trabajaba con él, me podía decir algo.

El llanto incontenible casi le rompió la garganta:

—Me dejó embarazada.

22

Para Angélica los días y las noches no se cumplían en el tiempo normal; las horas, los minutos, los segundos transcurrían en un lento goteo.

El silencio continuaba embarrándose en su piel, en sus huesos, en sus poros.

Sin aviso, algo se movía en su vientre que principiaba a abultarse, como un pez nadando cautelosamente en sus entrañas. Angélica sonrió y por vez primera desde su encierro sintió que la soledad abría las puertas de su mísero cuarto y se marchaba para siempre.

La noche la descubrió durmiendo plácidamente y en su sueño vinieron a visitarla los rostros sonrientes de un puñado de ángeles rubios que le cantaron un himno que duró hasta la madrugada, cuando abrió los ojos.

Se bañó en el pequeño patio donde una olla de barro le ofreció agua fresca que derramó sobre su cuerpo desnudo y por vez primera, después de algunos meses, tarareó una canción:

Dormite, pichito.

Dormite, mi amor.

Dormite, pedazo

de mi corazón.

La comida siempre se la llevaba don Bernardo alargándosela en los trastos de peltre, claro, sin emitir ni una palabra. Los ojos del viejo eran como dos infiernos donde seguramente se quemaban sus esperanzas y sus pasos al alejarse eran el único compás que escuchaba su hija, prisionera desde hacía tantos meses en ese tiempo rancio.

Su paisaje seguía siendo el mismo: una mínima ventana donde se resbalaba el aserrín que se venía acumulando en los rincones. Desde ese lugar, al menos, se podía ver el cielo: el cielo tan lejano de sus manos, las tablas carcomidas daban paso libre al viento y el viejo camastro cubierto con sucias cobijas, además de las obsesionantes vigas del techo que diariamente contaba y recontaba antes de que el sueño le cerrara los ojos: una, dos, tres, cuatro...

Como que sus lágrimas perdieron su cauce natural y se le habían ido hacia adentro. Sus pupilas ya secas recordaban la vida de afuera: el alboroto de sus hermanas, el silencio de su madre, la voz fuerte y cascada de su padre, su escuelita en Cajcam, y ahí el alboroto alado de las tiucas y cenzontles y los ojos siempre abiertos de Germán. Germán...

Una noche, el viejo ebanista, convertido en su propia sombra, se esfumó calles abajo de su casa y se apersonó en la casa de doña Deifilia, la única partera empírica que había en el pueblo. Antes de llamar se cercioró de que nadie lo viera. Cuando la partera abrió la puerta le dijo que pasara adelante. Entró. La sala estaba llena de tantas cosas: muñequitas de porcelana, postales antiguas acomodadas en las rinconeras, pesados cortinajes sin color definido, muebles de mimbre cubiertos con tapetes bordados a mano y un piano Rosenkranz, vertical, antiguo, que guardaba su silencio en un esquinero de aquella sala.

Sin entrar en muchos detalles, este hombre vaciló antes de principiar a decir:

—Doña Deifilia, yo la conozco desde hace ya tanto tiempo. Usted fue la partera que trajo al mundo a todas mis hijas y sé muy bien de su experiencia. Hoy vine... Hoy vine...

—Tragó saliva, sin duda para dar paso a sus palabras, que salieron apresuradas de su boca—: Angélica, la mayor de mis hijas, está embarazada, y no sé cuándo va a aliviarse, por eso vine, porque quiero que la vaya a ver en algún pequeño tiempo que tenga libre. Perdóneme, pero no puedo darle más detalles. Quiero suplicarle toda la discreción del mundo. ¿Podré confiar en usted, en su discreción? Sobre la honorabilidad de mi familia nunca hubo deshonra alguna,

todo el pueblo nos conoce. Desgraciadamente hoy se ha enlodado mi casa, mi apellido...

Los gestos en la cara del viejo casi pronosticaban el llanto.

La partera le prometió que iría pronto. Se pusieron de acuerdo en la fecha y hora de su llegada, sin embargo don Bernardo le pidió que, como favor especial, llegara sin que nadie se enterara.

Había que evitar habladurías

24

Teodomiro Cuncumate, Gil y Eliodoro, reunidos otra vez en la tiendita de doña Petra. En esta ocasión se estaba celebrando el cumpleaños de ella, a quien cada uno le llevó un regalito que recibió aparentemente ruborizada.

—¿Cuántos años cumplís, Petrita? —Era Gil quien había pronunciado la pregunta.

—¡Ay! No sé, ya hasta perdí la cuenta.

—No han de ser muchos, ¿verdad?

Y principió el copiteo, acompañado con botanas hechas por doña Petra: butifarras, costillitas adobadas, chicharrón de hebra, moronga y polvojuán. La señora, con una agilidad desconocida, se deshacía en atenciones.

Entre las masticaciones alguien comentó:

—Quien nos hace falta es solamente don Bernardo. No sé lo que le pasa, ya hace tanto tiempo que no viene. Sin duda algo le molestó, algún comentario...

—Lo que pasa es que lo está absorbiendo mucho su trabajo en la barrilería y eso lo está afectando bastante, hasta en su carácter. El domingo pasado lo encontré en la calle, la verdad es que se ve muy desmejorado. Caminaba serio, encorvado, como si una pena le estuviera arañando el alma.

Gil respondió:

—No es bueno enamorarse del dinero. Ya lo dijo Emilio Tuero en su película *El quinto patio*: “el dinero no es la vida, es tan sólo vanidad”.

—¡Putra madre! Cómo quisiera tener muchísima vanidad —casi gritó Eliodoro.

Intervino doña Petra:

—No critiquen... Porque hay que convenir que don Bernardo tiene una mujer y siete hijas a quienes mantener.

—Bueno —repuso Teodomiro—, pero ya tiene ayuda de Angélica, que está trabajando de maestra en la escuela de Cajcam.

—¿Está? Estaba —respondió Gil—. En días pasados me encontré con la Pina, que para variar estaba a medios chiles, y ella fue la que me contó que se quedó sola en la escuela, pues también el otro maestro, el costeño, se fue, no sé a dónde, y ella tiene que ingeniarse para atender a todos los inditos que quedaron abandonados, sin maestro.

—¿Y la Angélica dónde está, pues? —preguntó doña Petra mientras comía una tortilla pellizcada con asiento de manteca.

De pronto Eliodoro dejó su copita en la mesa, se puso de pie y en un brusco cambio de voz principió pausadamente:

—Bueno, dejemos eso y vayamos a lo que venimos. Hablá, Petrita.

—¿Y por qué yo? Vos sos el varón y te toca dar la noticia; va, pues...

Eliodoro trató de aclarar la voz con un fuerte tosido.

—Al grano, amigos. Sin más preámbulos queremos decirles que, aprovechando el cumpleaños de Petrita, les vamos comunicar que... Que... Que ya... Que Petrita y yo desde hace ya algún tiempo tenemos nuestras relaciones...

Todo el mundo abrió la boca, pero Eliodoro continuó:

—Es más, tengo que aclararles que yo ya vivo aquí desde hace un tiempito. Petrita estaba muy sola y yo también, así que juntamos nuestras soledades y... Y... ¡Y ya somos marido y mujer!

¡Aplausos, aplausos! Y al terminar las últimas palabras de Eliodoro todos dijeron “salud” mientras empinaban el codo con otra copa más.

Gil intervino:

—¿Casamiento después de aquella histórica pelea que se dieron cuando se suponía que Eliodoro era un quemasantos?

—Qué pregunta más pendeja —pronunció Teodomiro Cuncumate.

—Ya todo eso quedó aclarado y sepultado. —Y haciéndose acompañar de un falso rubor, doña Petra le propinó un beso en la boca desdentada a su marido.

Y otra vez Gil:

—Si no es mucho preguntar, Eliodoro, ¿cuántos años tenés?

—Cincuenta y pico.

—Yo sesenta, y ya no pico.

25

Inopinadamente, doña Deifilia, la partera, llegó una tarde a la casa de don Bernardo. Él la recibió con un leve apretón de manos y después de agradecerle su discreción y su comedimiento la condujo hasta el cuartucho aquel donde desde algunos meses sobrevivía Angélica.

La prudencia indicó que el viejo debería de permanecer fuera del alcance de la consulta, y ahí se quedó, largamente pensativo, esperando en el patiecito.

Doña Deifilia entró al interior del cuarto y con la mirada repasó aquel lugar nauseabundo. Luego ordenó que la embarazada se acostara boca arriba, sobre las sucias cobijas, y enseguida, con mano sabia y experta, exploró aquel vientre abultado, tocando u oprimiendo por aquí y por allá. Luego acarició la cabellera de Angélica y salió respirando profundamente. Ahí lo esperaba inquieto don Bernardo, a quien le regaló una sonrisa digna de contagio.

En casi una sentencia, mirando fijamente al antiguo ebanista, doña Deifilia dijo:

—Señor, la situación en que tiene a esta muchacha no es digna de usted. No sé ni quiero averiguar qué es lo que pasó con ella, pero no puede seguir manteniéndola así, en un ambiente sucio, aislada de todo mundo y sin ningún cuidado. Le repito, y espero que me disculpe, pero es necesario que yo lo haga: creo que usted está exagerando la situación y si

me atrevo a comentarle esto es precisamente porque le estoy devolviendo su confianza con mi confianza. No está bien lo que hace con esta infeliz muchacha. Es necesario que le dé un trato más digno, más humano. Está esperando a un nuevo ser y usted, como buen hombre que es, debe tratarla de una manera mejor. Es su hija, don Bernardo, es su hija.

—Doña Deifilia, a mí también me duele esto, y mucho más de lo que se puede imaginar, pero quiero que usted comprenda el deshonor, la vergüenza que siento. Todo Comitán me comerá vivo cuando sepan que mi hija va a tener un hijo sin tan siquiera haberse casado.

—Ah, ¿entonces le importa más la murmuración de la gente que el bienestar de su hija?

Don Bernardo respuntó una mirada en el cielo, luego abatió la cabeza y sus ojos se mojaron.

La partera interrumpió este soliloquio.

—No hay cuidado, la muchacha está bien, solamente la he notado un poco anémica, pero por lo demás... casi seguro que se aliviará dentro de un mes, más o menos.

—Gracias, muchas gracias, señora, usted es un verdadero ángel, no tengo cómo pagarle.

—No, no se apene, lo interesante ahora es que salga bien de este trance. Ah, ya se lo dije a Angélica y quiero repetirlo a usted: cuando sienta los primeros síntomas, los primeros dolores, manden por mí, vendré de inmediato.

—Yo personalmente iré por usted, ya sabe que no puedo contar este secreto a nadie, y otra vez muchísimas gracias.

Los dos se dirigieron a la puerta de calle, sin darse cuenta que tras los visillos, en las ventanas del corredor, eran observados por varios ojos sin parpadeos.

Doña Lucrecia, parapetada tras un pilar, trató de sonreír, pero solamente logró una mueca que más parecía una cica-triz. Un arroyo de lágrimas la anegó.

La tarde prometía irse muy pronto. Así lo dijeron las sombras que lamían las paredes de la calle sinuosa que se perdía en el silencio.

26

En el silencio de su recámara, don Bernardo acostado en su cama no podía dormir. Imposible. Se lo impedían las palabras de doña Deifilia y también sus propios remordimientos, que giraban en su cabeza como un rehilete en el viento de La Cienaga.

“¿Y ahora qué es lo que sigue? ¿Cómo voy a enfrentarme a esta situación? Sí, tiene razón doña Deifilia. Angélica y la criatura no pueden continuar ahí, aislados del mundo, de mí, de su madre y sus hermanas. Estoy llegando a la conciencia de que hice mal, ¿pero qué otra cosa podría haber hecho? Me duele tanto esto que está pasando. Dios. Estoy arrepentido. Era necesario que alguien me lo hiciera ver, pero mi orgullo, mi vanidad... y, por otro lado, todo el pueblo que juzga, desprecia y castiga. ¿Qué debo hacer ahora? ¿Qué? Me esperan la burla y el desprecio, la marginación. Cuando se enteren todo el pueblo me va a maldecir a mí, a mi familia, y luego a querer averiguar a como dé lugar quién es el padre de esa criatura, ¡como que les importara tanto, chingada madre! Ya veo las sonrisitas hipócritas. Claro, hemos roto la tradición de todo un pueblo, las buenas costumbres que por siempre han existido. Aquí nadie tiene un hijo si antes no se ha casado como debe de ser: por la Iglesia y por la ley. Pienso que tal vez hasta los aguardenteros me van a quitar el trabajo que ahora necesito más que nunca. ¿Qué hago, qué

hago, Dios mío? ¿Y cómo voy a plantear este asunto con mis otras hijas? ¿Cómo va a ser la relación de ellas con Angélica y con la criatura que pronto va a llegar? Ah, sin duda va a ser una niña, ¡otra! Mi mujer en su silencio, ¿qué puede hacer? Algún día Angélica tendrá que salir a la calle, pero... estoy pensando que tal vez sería mejor mandarla fuera de aquí, donde no la conozcan ni se sepa de ella. Bien podemos decir que el padre de la criatura murió... Pero no, nadie va a darle empleo ni siquiera de criada. ¿Quién la va a aceptar así, con un hijo? Dios, a este asunto no le encuentro la desembocadura. Me voy a enloquecer. Dios”.

27

Bajo la copa de los árboles del parque La Corregidora, en San Sebastián, se encontró Gil con Eliodoro. Se abrazaron efusivamente y luego se sentaron en una banquita frente al templo. Fue Gil quien principió el diálogo:

—¿Qué estás haciendo por estos rumbos, Eliodoro?

—Vine a comprar unos curtidos donde doña Marianita.

—¿Para llevárselos a tu mujer?

—Sí, es muy antojadiza.

—¿Antojos? ¿No será que ya está medio embarazada?

—No. Cómo podés pensar. Ni ella ni yo estamos ya en la edad.

—La mera verdad es que desde hace tantos años que tengo de conocerte nunca te había visto así, más alegre, más amigable...

—Es que me hacía falta mi media naranja.

—Sí, es el complemento que necesitabas: una mujer para calmar tus ansias de novillero.

—¡Claro! Me siento rejuvenecido, con muchas ganas de vivir. Petrita es muy amable conmigo, muy amorosa; la verdad que me resultó una buena mujer, hasta ahorita no tengo de qué quejarme.

—¡Cabrón! Qué bien nos lo habían ocultado.

—No fui yo, fue decisión de ella. A mí ya me escocía la boca por contárselos y, para que ustedes no se enteraran,

cuando llegaban, inmediatamente cerrábamos las puertas de nuestros cuartos.

—¿Nuestros? ¿Que no duermen en la misma recámara?

—No. Es que yo no puedo acostarme con ella durante mucho tiempo. Me estorba su pelo, que es muy largo, y no puedo dormir, así que decidimos cada quien tener su propio cuarto.

—No entiendo un matrimonio así, pero ¿y cuando quieras hacer el amor, qué?

—Pues le chiflo y viene volada.

—¿Y cuando ella es la que quiere?

—Pues entra a mi cuarto y me dice “¿como que oí que me chiflaste?”.

28

Las palabras que le había dicho doña Deifilia estuvieron zumbando en la cabeza de don Bernardo durante muchos días. Era como una especie de martilleo tenaz. De pronto se quedaba con el pensamiento estacado en un punto lejano y transparente; huía de las sombras y dormía a trechos tormentosos; en las pesadillas siempre surgía su hija, rodeada de perros ladrones y con espuma en el hocico; otras veces ella aparecía totalmente desnuda y solamente cubierta con flores de azahar en todo el cuerpo.

Por eso no lo pensó más y se fue al cuartito aquel que había sido durante varios meses la prisión de su hija. Con pasos decididos llegó hasta ella y con los ojos húmedos le tendió la mano.

—Ven.

Angélica no podía creer esto. Sin duda estaba soñando. Sin duda podía despertar en este momento preciso, pero la palabra como campanita de oro se repitió.

—Ven.

Temblando llegó descalza hasta su padre, que la condujo al interior de la casa, su casa, que había recordado tantas veces durante su encierro.

Y como quien estrena un paisaje fue caminando, paso a pasito, custodiada por su padre. Fue revisando la casa de la que la habían despojado meses atrás: sí, ahí estaban el

corredor con sus ladrillos pulidos, el tapanco encalado en color azul, el bullicio de las tiucas y los cenizontes silbando alegres como si no estuvieran conscientes de estar prisioneros en sus jaulas, las tres gradas que conducían del corredor a los dormitorios, el estradito rectangular de madera laqueada cubierto con los cojines bordados de colores chillantes, ahí donde su padre acostumbraba fumar sus cigarrillos, reclinado en una zalea de blanca pelambre, los rosales florecientes, la begonia y los geranios... y su cuarto, donde ya estaba dispuesta una cama de ciprés con la colcha limpia de la que colgaban flecos anudados en las orillas.

Aquello era como volver a nacer, como inventar los recuerdos, como acariciar a alguien que regresa después de una eterna ausencia. Sí, era extraño volver, una especie de regreso del infierno, del silencio y del abandono.

Al llegar a la puerta de la recámara y casi en un susurro, el viejo musitó:

—Perdóname.

La muchacha lo intentó, pero no pudo llorar, algo se lo impedía muy dentro de su pecho agitado.

Se tumbó boca arriba en su cama y extenuada cerró sus ojos.

Angélica regresaba a la vida.

Al llamado oportuno acudió la partera. Tras de ella, la puerta de calle se cerró hermética y con la instrucción de don Bernardo de que nadie abriera a nadie.

Las muchachas fueron encerradas en una de las recámaras alejada de la casa.

Doña Lucrecia hervía agua en la cocina mientras el viejo se mantenía firme como centinela, muy cerca de la habitación donde la parturienta emitía unos gemidos de dolor que se hacían más fuertes y continuos.

Un grito partió en dos aquella noche de junio y un aguacero se desplomó en el tejado que luego, convertido en chorros, escurría de las tejas.

Al otro lado del patio un alcaraván desataba sus gritos intermitentes, que se fueron diluyendo poco a poco. Sólo se escuchaba el aguacero, que también se fue debilitando lentamente hasta convertirse en un rumor líquido.

Cuando doña Deifilia abrió la puerta anunció con una levísima sonrisa:

—¡Ya!

—¿Otra niña?

—No, don Bernardo, es un niño.

El viejo no pudo evitar su alegría y rápido se lanzó a abrazar a la partera.

—Muchas, muchísimas gracias. De ahora en adelante ya

sé que hay alguien que va a prolongar mi apellido. ¡Un varón más en la casa! ¡Otro León!

Y con un frenesí desconocido en él, a falta de un interlocutor continuó su charla íntima, platicando suavemente con él mismo aún después de que la partera había cerrado la puerta después del feliz anuncio.

Como media hora después, doña Deifilia surgió una vez más, dejando entreabierta la puerta desde cuya hendidura se podía ver a Angélica sudorosa y complacida; a su lado dormía el niño, como satisfecho de su hazaña.

Don Bernardo no preguntó cuánto eran los honorarios, pero de la bolsa de su pantalón sacó un puñado de billetes y satisfecho lo entregó a la partera.

—Gracias, señor, muchas gracias por su generosidad. No toda la gente es como usted; pero afortunadamente tengo mucho quehacer porque las demás parteras son brujas o no saben bien el oficio. En estos menesteres tengo ya cerca de veinte años, por eso es que me solicitan mucho. Precisamente hoy en la mañana atendí a una señora, que a pesar que ella es bastante feita tuvo un niño precioso, güerito y con unos ojos verdes como de lobo. Ella se llama Artura Ramos, pero la apodan Artura de Tres Pisos.

—¿La conoce?

En un año las costumbres en la casa de don Bernardo se habían transformado totalmente. Los días no habían pasado volando, simplemente el tiempo transcurrió entre el renovado parloteo de las hijas del viejo carpintero y el crecimiento del hijo de Angélica, a quien le pronosticaban el nombre de Bernardito, pero el viejo se opuso.

—Bernardo León solamente hay uno, con sus cualidades y defectos; además el niño debe tener su propia personalidad —dijo, así que después de varias discusiones y propuestas le pusieron el nombre de Manuel.

A su tiempo debido al niño le brotaron sus primeros dientes y principiaba a caminar torpemente, y cuando solía caer las mujeres revoloteando se apresuraban a levantarlo.

Angélica se había incorporado plenamente a su familia, pero no salía fuera, ni siquiera a la puerta de calle. Esta actitud fue como una especie de pacto ciego con ella misma porque nadie se lo había prohibido. No quería salir, sin duda porque estaba entregada totalmente al cuidado esmerado de su hijo, a quien, desde que nació y a horas precisas, amamantaba ofreciéndole la leche que el niño absorbía como un pequeño glotón. El satisfecho carpintero le había confeccionado una pequeña cunita de madera fina en la que se había esmerado, recordando sin duda sus buenos años de famoso ebanista admirado en todo el pueblo.

Manuel, Manolo, Manolito iba de brazo en brazo de todas sus tías, que celebraban cualquier gracia del bebé por normal e insignificante que fuera y se peleaban entre ellas por el privilegio de tenerlo en brazos, con un tiempo y turno rigurosos.

—Manuelito tiene ocho mamas —decía don Bernardo, satisfecho de ver al varoncito de la familia perdido entre las caricias de su mujer y sus hijas, que se peleaban por darle la papilla, peinarlo, vestirlo o hacerlo dormir, y como que Manuelito lo sentía, se daba a querer.

A un pequeño grito del bebé todas las mujeres corrían atropelladamente, sobándolo o pretendiendo hacerle alguna gracia para hacerlo sonreír y, cuando no lo lograban, inclusive se ponían a llorar, impotentes por no ver al niño reír.

Cuando dormía, todo mundo tenía que hablar en tono bajo y caminar de puntillas, en silencio, o si al ebanista lo atormentaba uno de sus acostumbrados ataques de tos, las mujeres en coro lo callaban:

—¡Chist! ¡Chist! Manuelito está durmiendo.

Alguna vez el viejo comentó:

—Se parece a mí —aseguraba satisfecho este señor de la casa, quien gustosamente estaba cediendo su lugar al pequeño niño que parecía darse cuenta de su situación privilegiada haciendo pucheros y soltando el llanto por cualquier motivo.

Un destino principiaba a mostrarse.

Desde que el profesor Germán abandonó el cuarto que le rentaba Artura nadie más se había interesado en alquilarlo, así que ella se sostenía bordando tapetitos o tejiendo chambritas y escarpines para proponer su mercancía de tienda en tienda. Era muy difícil vender, porque muy pocos comerciantes querían comprar, a pesar de que las prendas estaban bien hechas, con mucho esmero y buen gusto. Lo bueno era que ya no estaba sola, su niño era la mejor compañía y mientras hacía el quehacer, barriendo o haciendo la comida, mantenía a su niño cargándolo en su espalda, sujeto con un chal, o el niño gateaba feliz en el piso. A la noche lo bañaba con agua de ruda “para que amacize su pellejo” y luego lo hacía dormir acunándolo entre sus brazos.

—Angelito de mi guarda, mi dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día, hasta llegar a la presencia de Jesús y de María.

El niño cumplía ya un año y el color verde de sus ojos cambiaba constantemente de tono. Ojos color del tiempo.

La pobreza no era obstáculo para este reino de amor y alegría. “Tengo un techo seguro, la comida me la manda Dios”.

Una tarde, sin pensarlo, tomó su rebozo de seda, abrazó a su hijo y se dirigió a la Iglesia Grande. Buscó al sacerdote y le pidió que bautizara al niño. No hubo padrinos. Fue una

ceremonia sobria, acompañada solamente por el parpadear de alguna vela. Cuando se derramaba el agua sobre el infante, otra agua goteaba de los ojos de esta madre que con la discreción de una sonrisa se lo entregaba a Dios.

—¿Qué nombre le vamos a poner?

—Germán, señor cura.

32

Con voz de soprano desahuciada, doña Petra cantaba estre-pitosamente en su casa. Era muy de madrugada y ya se ocupaba regando las macetas, sacudiendo el polvo de cualquier rincón o bailando suavemente los pasitos de un vals vienés. El sol aún tardaba en asomar su cara de naranja mandarina.

Ante tanta algarabía y tanto trajín, Eliodoro fue saliendo de su recámara rascándose la alborotada melena cana. Tenía la bragueta abierta a toda su capacidad y cuando lo notó, a manera de excusa le dijo a su mujer:

—Bragueta abierta, pájaro manso.

—Ni tan manso —respondió ella.

—¿Qué pasa, mi Petrita, por qué te paraste tan temprano?

—Ya te contaré... No te impacientés, mi amor, pero eso te lo diré después del almuerzo. Preparate porque es una sorpresota.

—¿De qué se trata? Decímelo.

—No. Ya te dije que ahora no, porque te puede dar un ataque al corazón y no quiero exponerte, ni exponerme, porque si te me morís ahora me vas a hacer más falta que nunca.

Eliodoro volvió a rascarse la cabeza, ahora con más vigor, y luego se dirigió a su recámara para terminar de vestirse, enseguida regresó al almuerzo y cuando terminaron Eliodoro reinició el diálogo suspendido.

—¿Ya me vas a decir de qué se trata?

—Sí, prepárate, prepárate...

—De una vez, pues, que me estoy muriendo de impaciencia.

—Es que, mi amor... No sé cómo empezar y cómo vas a recibir la noticia.

—Lo que sea, lo que sea, pero ya quiero saber —dijo Eliodoro totalmente resuelto.

La mujer respiró y decidida dijo:

—Estoy embarazada

—¡Pta, qué broma tan pendeja!

—No, no es broma, mi amor. ¡De verdad, estoy embarazada! ¿Te acordás la otra noche que me chiflaste?

—Sí.

—Pues creo que esa noche diste en el blanco, esa noche se obró el milagrito.

—Petrita, te quiero mucho, pero no me gustan esas bromas tan pesadas; más bien creo que es una forma de reclamarme porque no te chiflo más seguidito, pero tené en cuenta mi edad...

—No, no tomo en cuenta tu edad, ni siquiera la mía, pero ahora sí estoy convencida de que hay milagros, Eliodoro, hay milagros, aunque no lo creás.

—¿Quién putas te está tomando el pelo, Petra?

—No estoy jugando, mi amorcito, al principio ni yo misma lo creí, y por eso mismo tuve que esperar para asegurarme y decírtelo. Esto es un milagro palpable y no sé a quién se lo debo, tal vez a santa Ana, acordate que ella tuvo su hijo cuando ya era una viejita chocha, o tal vez fue la intervención de san Caralampio, que ya sabés es muy milagroso,

pero también pienso en el Niñito Fundador, que ayuda mucho cuando se trata de pichitos como él.

—Pero...

—Para que yo te pueda asegurar lo de mi embarazo necesité comprobarlo plenamente.

—¿Cómo?

—Bueno, pues ¿no te acordás de mis vómitos y mareos que he tenido últimamente?

—Sí.

—Pues ahora ya hasta estoy sintiendo movimientos.

—¡No me digás!

—Sí te lo digo: ¡vamos a ser papas!

Y cuando doña Petra quiso ponerse de pie, Eliodoro corrió a ayudarla y con cuidadito sumo la condujo hasta su cama.

—Descansá, mi amor, descansá un poco. Yo también voy a acostarme con vos un mi ratitío, porque la noticia me ha caído...

Al otro día los dos fueron a ver al doctor Arreola, quien preguntó de los síntomas y con los ojos abiertos al máximo los escuchó con medida inquietud para después escribir la receta y entregarla; cuando los esposos se marcharon, el doctor lanzó un:

—¡Puf!

Esa misma noche la señora tomó la pócima recetada y al otro día arrojó la solitaria.

33

Don Bernardo murió una tarde gris del mes de octubre. El doctor Arreola lo auxilió en sus últimos suspiros y diagnosticó que el motivo de su muerte había sido una tuberculosis pulmonar.

Los gritos de las mujeres bien pudieron escucharlos todos los vecinos, que acudieron solícitos para ayudar en lo que se necesitara. Algunos se comidieron arrinconando los muebles de la sala para colocar en el centro el ataúd, otros abrazaban a las dolientes y les ofrecían té de hinojo.

Las muchachas tenían enrojecidos los ojos por el llanto que se derramaba sin escrúpulos; otras mujeres amortajaron al cadáver para colocarlo en un ataúd de metal, ¿ataúd de metal para el artista de la madera?

Y los bisbiseos surgieron a media voz y fueron subiendo de tono mientras avanzaba el tiempo.

—¿Alcanzaría a confesarse?

—No, no pudo confesarse el pobre, porque el cura no llegó a tiempo.

—Pero ya debe estar en el cielo.

—¿Qué van a hacer estas infelices mujeres sin él?

—Va a haber misa de cuerpo presente...

—Ya descansó.

—¡Pobrecitas las muchachas!

—Paciencia, Dios es muy grande.

—¿Tuberculosis? Con razón tosía tanto.

—¡Dios mío! ¿La tuberculosis es contagiosa?

—¿A qué hora va a ser el entierro?

—Bien visto, no somos nada.

—A cada cuch se le llega su día.

—Se nos adelantó.

—Mi más sentido pésame.

—La Angélica no aparece, porque como es la mayor sin duda está encerrada llorando y no quiere ver a nadie.

Entrada la noche, Teodomiro Cuncumate se presentó cargando una gran corona de margaritones. Lo acompañaban Gil, Eliodoro y doña Petra, que repartieron abrazos a doña Lucrecia y a cada una de las muchachas que ahora ya lloraban sin lágrimas.

Artura llegó cargando a su niño, que de inmediato se puso a caminar tambaleándose entre los ramos de flores que cubrían el piso de la sala; se ofreció a rezar el rosario.

—Ave María Purísima...

Y el coro:

—Sin pecado concebida...

Al terminar el rosario, una calma pesada se posesionó de la casa mientras la madrugada llegaba con un silencio ensordecedor.

34

Desde su largo encierro, era la primera vez que Angélica tenía que salir a la calle. Era necesario, porque Manuelito ya había cumplido sus primeros cinco años y era preciso inscribirlo en la escuela de párvulos, esa escuelita rumbo al Cerrito Nitro donde preparan a los niños para luego ingresar a la primaria. Ahí aprendían rondas, bailes y poemitas minúsculos.

Angélica, inquieta, almidonó y planchó su mejor vestido y antes de abrir la puerta que da a la calle cerró los ojos y se persignó: “por la señal de la Santa Cruz...”. Con pasos inseguros salió a la calle abrazando fuertemente al niño contra su pecho, como si quisiera fundirlo a ella, con tal fuerza que el niño no tardó en soltar un llanto estrepitoso, fuera porque se sentía asfixiado o por lo extraña que le parecía la calle, acostumbrado solamente al encierro de su casa y la presencia de su abuela y de sus tías, que se quedaron llorando ante la primera ausencia del niño.

Angélica también estaba estrenando un paisaje nuevo, desconocido, distinto a lo que le ofrecían sus desteñidos recuerdos. Ya había olvidado en tantos años aquellas calles empedradas; hubiera querido regresar a su casa, a lo habitual y acostumbrado, pero casi desfallecida continuaba caminando. ¡Qué extrañas le parecían esas calles, un paisaje que iba reconociendo paso a paso: el color escandaloso de

las paredes en contraste con el azul infinito de este cielo que parecía que de un momento a otro se le iba a caer encima!

Algunas personas con quienes se iba encontrando la saludaban con medido asombro, otras la ignoraban adrede, pero de reojo repasaban su figura cargando al niño, sin embargo la mujer continuaba su camino con la cabeza baja, viendo las lajas pulidas de las aceras y el zacatito verde que crecía en sus orillas.

Cuando llegó a la puerta de la escuelita aquella, pudo darse cuenta que muchas madres ya hacían una larga fila para inscribir a sus hijos.

Como movidas por un resorte todas volvieron la cabeza hacia la recién llegada, que agitada y huraña hacía como que no se daba cuenta de los bisbiseos que había provocado.

Ahí también estaba Artura, tomando de la mano a su hijo. Desde la fila la saludó con un ademán abierto que Angélica correspondió con algo que apenas fue una mueca recién nacida en su boca.

Habría que presentarse al otro día.

35

Entre carreras y accidos el enjambre de mujeres despertó muy tempranito a Manuelito. Lo persignaron y, bendito entre todas las mujeres, lo bañaron, lo rociaron abundantemente con esencia de nardo, lo peinaron con agua de hiedra para luego ponerle la ropa y los zapatos nuevos que iba a estrenar en ese día especial: su primer día de clases en la escuela de párvulos.

La caravana de mujeres salió a la calle y en un ruidoso parloteo se fueron turnando para cargar en brazos al niño; así llegaron hasta las puertas de la escuela, donde ya ronroneaban todas las madres que también habían llevado a sus hijos.

Súbitamente se abrió la puerta y apareció la maestra Alicia con su sonrisa siempre dulce y espontánea.

—¡Buenos días!

—¡Buenos días! —contestó el coro mañanero.

La maestra recibió a los niños y de uno en uno los fue entregando a las demás maestras, que los fueron llevando al interior.

Cuando llegó el turno de Manuelito y éste sintió unos brazos ajenos, rompió en un llanto estrepitoso y babeante y se agarró tan fuerte de Angélica que le rompió la blusa. El niño pataleó y escupió a la maestra que trató de abrazarlo derramando una sonrisa.

Angélica y sus hermanas también colaboraron al escándalo llorando a gritos.

—¡Manuelito, Manuelito, Manuelito...!

En un intento totalmente vano la maestra Alicia trató de calmar la situación.

—No, no se preocupen ustedes, siempre pasa lo mismo en el primer día de clases, pero los niños se van acostumbrando poco a poco.

—No podemos dejar así a Manuelito. Nos regresamos a la casa. Perdóneme, maestra Alicia —rogó Angélica, que con una mano se secaba aquellas lágrimas rebeldes y con la otra trataba de cubrir la desnudez de su pecho por la blusa desgarrada.

Detrás venía Artura, que ya había dejado a su hijo en la escuelita aquella. Nadie respondió a su amistoso saludo.

¿Por qué se ruborizaban las buganvillas que se asomaban sobre las bardas empedradas de la calle?

36

El cielo estaba indeciso, solamente mandaba unas cuantas gotitas de agua tímida que el suelo se encargaba de absorber.

En el corredor de su casa Eliodoro repasaba algunas hojas del *Antiguo calendario Galván*. Parpadeó pensativo y luego se dirigió a Petra, que se encontraba frente a él en su butaquita de cuero de venado.

—¡Ay, Dios mío, las cosas que uno se entera sin querer!

—¿Qué?

—Ah, si vos supieras...

—¿Qué?

—No sé si te acordás de que Angélica, la hija del difunto Bernardo, que de la paz de Dios esté gozando, hace algún tiempo desapareció durante una su buena temporada; nadie sabíamos nada de ella.

—¿Qué?

—Pues resulta, según me contaron las malas lenguas, que estaba embarazada.

—¿Qué?

—Sí, y el difunto Bernardo, cuando supo que su hija metió la pata, la escondió durante todo su embarazo para que nadie nos enteráramos.

—¿Qué?

—Pero como no hay mal que dure cien años, ni enfermo que lo resista...

—¿Qué?

Pues hace poco que Angélica fue a inscribir a su hijo a la escuelita; ahí se supo todo y se extendió como reguero de pólvora por el pueblo.

—¿Qué?

—En Comitán nada queda oculto y si no es verdad, pues se inventa, y al chisme cada quien le va agregando algo de su propia cosecha, pero en este caso es la meritita verdad. Comprobado.

—¿Qué?

—Pues que Angélica es madre soltera y aquí eso no se perdona jamás. Tenemos nuestras costumbres y no es posible que de repente salga una mujer con su domingo siete. Todo se llega a saber y no hay cuch que no se le llegue su día.

—¿Qué?

—Toditito el pueblo lo está comentando. Cómo es posible que esa mujer haya deshonrado a una familia tan honorable como la de Bernardo.

—¿Qué?

—Pues nada, que al niño ese ahora lo está maleducando una recua de mujeres encargadas de hacer de ese muchachito un tutuldiós, un inútil que vive costurado a las faldas de ese montón de mujeres.

—¿Qué?

—El viejo Bernardo tenía la obsesión de un hombrecito en su casa y miralo lo que están haciendo de él.

—¿Qué?

—Pues un niño mimado, inútil, que entre tanta vieja lo están convirtiendo en una vieja más.

—¿Qué?

—Como te dije, fueron a inscribirlo y no lo pudieron dejar porque el pinche muchachito armó un gran escándalo con el berrinche que hizo, así pues que no lo dejaron en la escuela, ¿y sabés lo que están haciendo ahora?

—¿Qué?

—Solamente a ellas se le ocurre tamaña pendejada. Entre todas hacen en su casa como si fuera una escuelita de párvulos: una le enseña a bailar, otra a cantar, o le muestran cómo se hacen pequeños dibujos. El niño Manuel, así se llama, ya tiene más o menos cinco años, ni siquiera sabe hablar bien y cuando él decide no aprender nada, ni quién lo obligue.

—¿Qué?

—Tanta protección le está haciendo mucho daño. Es un ser indefenso que no conoce más que el mundo que le están fabricando esas mujeres.

—¿Qué?

—Lo que yo pienso es que cómo va a ser su futuro. —Y lanzando un suspiro concluyó—: ¡Ay, si Bernardo supiera lo que aquí está pasando!

—¿Qué?

El tiempo se arrastró entre los días iguales, calcados el uno del otro. Comitán se mantuvo estático, disecado. Tiempomomía. Sin cambios ni novedad alguna, una repetición constante de todo, los mismos sucesos de siempre sin quién se atreviera a romper esa monotonía.

Sin embargo, un día de junio, Eliodoro y Petra amanecieron muertos. Los descubrió el burrero que llevaba el agua de la Pila para el servicio diario. Él fue quien dio la voz de alarma. Así llegaron los vecinos a amortajar los cadáveres y hacer creer que lloraban untándose los párpados con saliva; sus gritos plañideros se oían a dos cuadras de distancia.

En el velorio se comentó que Eliodoro y Petra habían comido hongos venenosos que confundieron con el chinquintaj, que crece sobre los troncos de los árboles en los primeros aguaceros de mayo y solamente se da una vez al año, cuando principian las lluvias.

Muy poca gente llegó al entierro, sin duda porque el cielo lloraba en un aguacero interminable.

Cuando la tarea de los sepultureros había terminado quedaba una persona: Teodomiro Cuncumate, exprimiendo sus lágrimas silenciosas que se unían a las gotas que caían estrepitosamente del cielo.

Los vislumbres intermitentes mostraron la soledad de este viejo encorvado que se encaminó a la bajada del panteón y poco a poco fue eclipsándose en la tarde mojada.

38

La fecha tenía que llegar. Era el tiempo preciso para hacer la inscripción de Manuelito en la escuela primaria, así que Angélica fue a entrevistarse con el director, quien solícito le explicó en detalle los requerimientos necesarios. Después de que los hubo escuchado, Angélica dijo en una fórmula aparente calmada:

—Una molestia más, señor director: por motivos que no puedo explicarle, pues son de carácter muy personal, quiero hacerle una súplica: que usted me permitiera asistir con mi hijo a sus clases.

—No le entiendo, señora, ¿pretende entrar usted a clases con el niño?

—Sí... Es que, bueno, pues... mi hijito no se ha alejado de mí desde que nació.

—Eso es normal, pero algún día tienen que separarse de sus padres para ingresar a la escuela.

—La verdad es que a mi hijo lo tenemos muy consentido.

—¿Usted y su esposo?

—No. Él ya murió —dijo mintiendo y cerrando por breves momentos sus ojos que principiaban a humedecerse.

—No, señora, lo que usted me pide es totalmente imposible y, créame, es la primera ocasión que me hacen esta proposición.

Angélica rogó otras veces más y ante la negativa del director tuvo que retirarse. Al salir se encontró con Artura,

que también vino a inscribir a su hijo Germán, quien ya se había metido corriendo, hasta el interior de la escuela, en el patio, donde se entretenía con un viejo juego comiteco que se llamaba saltaburro: uno de los niños se mantenía inclinado mientras los demás saltaban sobre él repitiendo “primero: sentón; segundo: patada; tercero: empujón; cuarto: te ensartó; quinto: monto mi chivito pinto; sexto: chupatesto; séptimo: obligado; ocho: te lo remocho; nueve: copita de nieve; diez: la vieja Inés; once: rompopo o rompopito; doce: la vieja tose; trece: el rábano que crece y, mientras más me lo chupas, más se me crece; catorce: patadas y coces; quince: trinchas”.

Si alguno cometía un error al decir esta letanía incomprendible o en el brinco rozaba aunque fuera levemente al niño que saltaba, inmediatamente el que cometía la falta tomaba el lugar del niño saltado y nuevamente el juego principiaba.

La risa de Germán era igual a cien cascabelitos que se agitaban incendiando su garganta.

Cuando Angélica salía a la calle, aún pudo ver los ojos verdes del pequeño Germán; ese color, esa forma de mirar fueron los culpables de retrocederla muchos años atrás y el vapor de un suspiro voló más allá, sin duda llegó hasta la rancharía de Cajcam.

39

No era posible que Angélica diera su brazo a torcer. Algún recurso debía ocurrírsele con la finalidad de estar cerca de su pequeño niño amado.

Frente a la escuela alquiló un minúsculo cuartito desde cuya ventana podía ver a Manuelito en su salón de clases. Lo saludaba con la mano izada a su altura máxima y le enviaba besitos que el niño correspondía con una sonrisa a medias.

A la hora del recreo el niño permanecía sentado en una banca del corredor, alejado de los demás niños que corrían alegres y alocados en el patio enladrillado.

De prisa Angélica corría con el almuerzo que consumía junto a este niño pálido y casi sin palabras, y cuando la campana sonaba anunciando el regreso al salón de clases, madre e hijo se prendían en un abrazo frenético. Ella regresaba a su atalaya, donde Manuelito a cada chico rato volvía la mirada.

A terminar el día de clases, tomados de la mano, ambos regresaban a casa.

Mañana sería otro día. ¿Igual? Sí.

40

Una vez más Manuelito y Germán coincidieron en la escuela secundaria, donde cursaban el tercer grado.

Desde el inicio Angélica tuvo que haber dejado a su hijo en medio de una turba enloquecida de adolescentes; sin embargo, en las mañanas siempre lo llevaba hasta las puertas de la escuela y después, paciente, lo esperaba a la salida. Hiciera frío o no, lo cubría con un grueso abrigo de lana, lo que daba motivo para que los muchachos se burlaran de él. Colérica, Angélica se desquitaba sacándoles la lengua y, desdeñosa, se retiraba con paso rápido, sonriendo a su hijo.

Por su parte, Germán se había hecho capitán de un equipo de basquetbol; además tenía fama de ser un magnífico declamador; decía los poemas con una voz clara, matizando cada una de las palabras en una interpretación perfecta.

Había ido a Tuxtla Gutiérrez a competir y regresó con un trofeo que lo acreditaba como campeón estatal de declamación.

Era el quedar bien de sus maestros.

Al festival de clausura de cursos asistieron todos los padres de familia, quienes aplaudieron cuando el maestro de ceremonias subió al improvisado escenario para anunciar:

—Como siguiente número tenemos el gusto de presentarles a Germán Ramos, quien este año nos dio la alegría de coronarse campeón estatal de declamación, cosa que

enorgullece a nuestra escuela, pero también debe enorgullecer a todo Comitán. Con ustedes: Germán, nuestro querido Germancito, que, como sus demás compañeros, hoy se despide de nuestra escuela para continuar sus estudios, y al que le deseamos que sus éxitos continúen. Él va a interpretar para todos ustedes el poema con el que obtuvo el primer lugar en tan ambicionado certamen.

De un salto Germán subió al escenario y sus ojos verdes se regaron por todo el público.

Desde un rincón, Artura secaba sus lágrimas con las mangas de su vestido azul.

Germán aclaró su voz y muy formal dijo:

—Con todo gusto voy a declamar para todos ustedes “La canción del pirata” de José de Espronceda: “Con diez cañones por banda, / viento en popa, a toda vela, / no corta el mar, sino vuela / un velero bergantín. / ... / Que es mi barco mi tesoro, / que es mi dios la libertad, / mi ley, la fuerza y el viento, / mi única patria, la mar”.

En la primera fila, que ocupaban los alumnos graduados, Manuelito no podía desprender la vista del declamador, paladeándolo con la mirada, casi respirándolo.

Al finalizar, la marimba de Los Caramelitos hizo sonar una alegre diana seguida de un pasodoble, mientras los aplausos se multiplicaban en todo el patio de la escuela.

Risas, lágrimas y parabienes.

Un día cualquiera Teodomiro Cuncumate desapareció. Nadie supo de su paradero y nadie se preocupó de buscarlo.

En su revuelto cuarto donde vivía solitario alguien encontró una nota escrita con elegante letra palmer:

La vida se tiende desde el momento en que lanzamos el primer grito, al desgarrar el vientre de nuestra madre, hasta que le regalamos al aire nuestra última respiración.

Siempre me he preguntado qué es el tiempo y en sí no he tenido ninguna respuesta que me complazca.

¿El tiempo es el reloj? No sé quién chingados inventó el reloj. La mera verdad es que únicamente sirve para hacernos pedacitos la vida, a fragmentarla, a destrozarla; en todo caso lo único que realmente cuenta es lo que habremos hecho en nuestros diarios actos.

Un día, en una reunión, se me ocurrió decir aquello de que “el que esté libre de pecados, que arroje la primera piedra” y me cayó una lluvia de pedradas, ni modo, no soy ni pretendo ser un santo, hay más santos en el calendario que en el cielo; naturalmente que, como todos, hago mis reales pendejadas y lo mejor del caso es que ¿caso me arrepiento de haberlas hecho?

Mis abuelos los mayas fueron más inteligentes y poetas: se fijaron en los astros y en su exacta rotación; el sol, la luna y las estrellas algo les dictaban desde las alturas.

Yo, Teodomiro Cuncumate, he vivido mi vida a plenitud cabal, no obedezco las costumbres y las fórmulas que otros me quieren imponer. Soy non. La mera verdad es que yo he bailado al son que me toquen; desde un pespunteado jarabe tapatio hasta un tango llorón, así es, y si les gusta, bueno, y si no, no.

Despreocupado de la vida y de la gente, despreocupado de la muerte y su desconocimiento.

La muerte nomás sirve para que otros lloren o pretendan hacer que lloren. La muerte, ese silencio perfecto a la que solamente los pendejos le tienen miedo. Si la pendejada doliera yo viviría en un grito.

Mucha gente sin quehaceres me inventaron a su real antojo. Yo soy Teodomiro Cuncumate y nadie más. Tengo el alma desnuda y silenciosa y así, a su tiempo debido, voy a entregársela a Dios, que seguramente me va a decir:

—Teodomiro, pasá adelante, te estoy esperando, pasá, pasá.

—Señor, ¿sabés hablar de vos como nosotros?

—¡Claro!

—Ah, entonces vos también sos comiteco.

Qué bien hace la Lucrecia, mujer del difunto Bernardo, de mantenerse permanentemente muda, pues la mejor palabra es la que no se dice.

Tuve mis amores, amé y me correspondieron y pienso que a mi edad los que me amaron sabrán buscarme dentro de ellos mismos y ahí estaré escondidito cuando me necesiten, me hallarán íntegro, intacto.

Naturalmente que he tenido amigos: los amigos de lo ajeno, los que se la pasan en la luna, o los que ya están en la

eternidad llamándome; de todos solamente recuerdo los buenos momentos, porque los malos los he olvidado ya.

La muerte es solamente una necesidad sin escape alguno, es una especie de planta que ha dado sus flores; vendrán las abejas a buscar el polen y a volverlo miel.

¡Cómo me hubiera gustado haber nacido poeta, así otros supieran de mis más refinados pensamientos, ah, pero no, yo solamente encuentro poesía en una copa de buen vino, en unos tragos de comiteco añejo o en mi café con pan en la mañana tempranera!

Cuando me apague otros prenderán esta vela que soy, mientras tanto vivo y disfruto lo que la puta vida me da.

Teodomiro Cuncumate

Cada día que pasaba, el pequeño capital que don Bernardo había dejado a su familia menguaba más, así que sus hijas se las arreglaron como costureras. Trabajaron con gusto y esmero, así que pronto se inundaron de quehacer. De esta manera se sostenía la casa. Mientras tanto, doña Lucrecia se mantenía en su habitual silencio; yacía como una sombra más entre los humos y vapores de la cocina.

Como las cuentas de un rosario, los días habían transcurrido. Manuelito ya era un jovencito debilucho y huraño que apenas había terminado sus estudios de secundaria.

Desde siempre dormía en la misma cama con su madre, pero una de tantas noches, después de haberlo pensado un poco, pidió permiso a Angélica para ir al cuarto de su abuela, al final del corredor. Le dijo que ahí estaría un rato acompañándola.

—Sí, Manuelito, podés ir, porque mañana es domingo y no es necesario que te levantés tan temprano.

—Gracias, mamá.

El muchacho se fue decidido. Con cuidado abrió la puerta de ese cuarto oscuro donde doña Lucrecia dormitaba en un butacón de cuero. Se acercó a ella y con suavidad le tocó el hombro. La mujer se sobresaltó, pero de inmediato su cara se vio adornada con una sonrisa al ver a su nieto frente a ella.

Sí. Doña Lucrecia era la única persona en el mundo que no podía traicionarlo. El silencio de ella era su mejor aliado, pues no podía confiar en nadie más; tenía que hablar como si fuera ante un sepulcro. El eterno silencio de esta mujer era una total garantía para lo que le quería confiar.

Con suavidad ajustó la puerta y se cercioró de que estuviera bien cerrada. Después se sentó de rodillas frente a ella, como si estuviera rezando. El suelo recibió su mirada, que se quedó ahí prendida.

Y principió a hablar, primero lenta y suavemente, pero después poseído por un frenesí que lo hacía temblar. En sus ojos aparecieron dos manantiales de agua salada. Descansaba en una breve pausa y luego continuaba aquel soliloquio acompañado ahora de las lágrimas de la vieja Lucrecia, que solamente sabía suspirar.

El monólogo se prolongaba y, conoedor, el cielo también se puso a llorar en un aguacero fuerte y monótono.

Manuelito salió al corredor, dorando momentáneamente su figura esmirriada por los relámpagos que lo mostraban intermitentemente, dirigiéndose a la cama, donde ya lo esperaba su madre impaciente, quien pudo ver los ojos mojadados del muchacho.

El sueño tardó en llegar.

Es muy probable que, con tantos años de rotundo silencio, a doña Lucrecia se le hubiera olvidado hablar o se le hubieran atrofiado las cuerdas vocales. Se había convertido en una ostra, guardando en silencio sus más íntimas emociones; pero Angélica necesitaba saber qué había ocurrido con el muchacho, qué había pasado esa noche cuando fue al cuarto de la vieja, porque no era usual que su hijo rompiera las normas que se habían establecido desde hacía tanto tiempo.

Así que otra vez en la noche, cuando ya Manuelito estaba dormido, de puntillas, para no despertar a nadie, Angélica se dirigió al cuarto de doña Lucrecia. La encontró de rodillas frente a un Cristo que permanecía en eterna agonía clavado en una cruz.

Doña Lucrecia volvió la cabeza, suspendiendo momentáneamente su callada oración.

—Mamá —dijo en un susurro—: hemos respetado tu silencio durante tantos años, nos hemos acostumbrado a la ausencia total de tus palabras, pero hoy te pido que destrocés tus silencios y que me digás qué es lo que vino a hacer mi Manuelito esa noche que estuvo aquí. ¿Qué te dijo? Porque pude ver cuando regresó que había llorado, que algo había sucedido, necesariamente algo te comentó. Por favor, mamá, en nombre de Dios, en nombre de mi papá Bernardo, en nombre del mismo Manuelito, decime, necesito saber qué es

lo que pasa. Bien sabés que él es el centro de mi vida, que yo he sido al mismo tiempo padre y madre de él, que le he entregado todo mi amor y todo mi tiempo. ¡Ayúdame, por favor, mamá, te lo pido! Algo pudo haberte confiado, estoy segura.

Silencio.

Parecía que la garganta de Angélica se rompería de un momento a otro.

—Creo que tu mudez fue perfecta mientras mi padre vivió, pero ahora ya no es necesario. Sé que podés hablarme en este horrible trance en el que me encuentro.

Silencio.

Discretamente la noche entraba por la ventanita semibiaerta y una luna en cuarto creciente se asomaba pintando con su pincel de plata los rostros de las dos mujeres frente a frente.

Angélica ya no podía más frente a ese muro llamado Lucrecia; sin embargo era necesario intentarlo una vez más.

—Mamá, algún día las dos tenemos que morir y no quiero dejar desamparado a mi hijo. Vos más que nadie sabe lo que sufrí antes que él naciera; el horror y desamparo de mi encierro. Manuelito se convirtió en todo para mí. Mi vida entera se la he ofrecido cuidando hasta los mínimos instantes de su existencia, acompañándolo siempre. —Y luego señalando al crucifijo que contemplaba cabizbajo esta escena, le dijo una vez más—: ¿Algo malo he hecho? Yo estoy segura que no, he vigilado hasta los suspiros de mi hijo. Decime por el alma que más quedrás qué vino a decirte mi hijo. ¿Qué?

Los labios de doña Lucrecia lentamente se movieron, como recogiendo algo que se movía dentro de ella. Al darse

cuenta de esto Angélica repitió:

—¿Qué te dijo mi hijo, qué?

Lentamente la vieja abrió la boca y en un alarido destemplado gritó:

—¡Está enamorado de Germán!

44

¿La mejor virtud de la mujer es el silencio?

Contenido

1	11
2	13
3	15
4	17
5	20
6	22
7	24
8	27
9	29
10	33
11	38
12	43
13	47
14	49
15	51
16	53
17	55
18	57
19	60
20	63
21	65
22	67
23	69
24	71
25	74
26	77

27	79
28	81
29	83
30	85
31	87
32	89
33	92
34	94
35	96
36	98
37	101
38	102
39	104
40	105
41	107
42	110
43	112
44	115

- La edición estuvo a cargo de la Dirección de Publicaciones del CONECULTA-Chiapas
Corrección de estilo / Mario Alberto Bautista
Diseño / Mónica Trujillo Ley
Formación electrónica / Mario Alberto Palacios Álvarez

- *El eco del silencio*
se terminó de imprimir en marzo de 2015 en Talleres Gráficos de Chiapas, en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez.
Los interiores se tiraron sobre papel cultural de 90 kg y la portada sobre cartulina couché de 169 kg. En su composición tipográfica se utilizó la familia Horley Old Style MT. Se imprimieron mil ejemplares.